

PRIMERA PARTE: INFANCIA

1.- El niño perdido

Nació fuerte y torcido, y creció fuerte y torcido, tanto que, a sus siete tiernos años, podía decirse de él que no era sino un pobre extraviado.

De rubia cabeza y grandes ojos castaños, Oriol lograba engañar con pasmosa facilidad a todos los que le conocían poco. Quienes ya sabían cómo latía su corazón, y cómo funcionaba su mente, entendían que ni siquiera sus sufridos padres estaban ya con ánimos de enderezar sus pensamientos. Y, tal y como pensaba, actuaba.

- ¡Oriol! ¡Te estoy hablando! ¡Ven aquí inmediatamente! – voceó su madre, hastiada y enfurecida, desde el interior del humilde piso, donde vivía la familia.

Oriol no obedeció, como tantas otras veces, y abandonó la casa a todo correr, saliendo a la calle, donde se extravió entre un torrente de viandantes, demasiado ocupados en sus propios asuntos como para prestarle siquiera un mínimo de atención.

Casi de inmediato, Oriol pugnó por avanzar en todo aquel océano de personas, perdiéndose poco después en las sucias y desiertas entrañas de un callejón cercano, bajo un argénteo cielo del que se escapaban peregrinos copos de nieve.

Allí los impertinentes gruñidos de los coches quedaban aplastados bajo el peso del forzado silencio, y el niño únicamente acertaba a escuchar los acelerados latidos de su corazón. Ni siquiera sus silbantes jadeos, fruto del cansancio por la huida, le parecieron sonoros. La tortuosa callejuela, los ennegrecidos edificios, los coches solitarios... Todo le parecía frío, mudo, mortecino, casi irreal.

“Como un hospital por la noche”, pensó, observando distraídamente las serpenteantes volutas que formaba el vaho ante su cara.

Por un momento pensó en dar media vuelta, en fingir tragarse el orgullo y pedir perdón a su madre por la insolencia cometida. Al instante sacudió la cabeza, como si con ello se sintiese capaz de arrancar de su mente ese pensamiento.

- ¡Muchacho! – le llamó entonces una voz ronca, junto a él. Olvidó por un segundo sus retorcidas maquinaciones, y atendió a la voz. Descubrió junto a sí a un anciano de aspecto peculiar, a la vez desconocido y familiar, sentado en uno de los peldaños de una escalera, ante un portal abandonado. Las ropas raídas hablaban de su pobreza; los ojos negros e inquietos, de su astucia; las arrugas de su rostro cansado, de sus enigmáticas vivencias.

- Te has perdido – afirmó, tan calmado que consiguió enfadar ligeramente al niño.

- No – negó éste, frunciendo el ceño.

- Es cierto, no lo has hecho – dijo el vagabundo -. Lo habrás hecho de verdad cuando las personas que te quieren dejen de salir a buscarte. Y cuando ocurra eso, te quedarás solo, como yo.

Aquellas palabras impactaron a Oriol.

- ¡Oriol! – llamó a voz en grito su madre, llegando al callejón a toda prisa y con el gesto desencajado. Oriol miró por última vez al vagabundo, que le observó a él con una escalofriante sonrisa dibujada en su rostro cuarteado. El niño dio media vuelta, y se lanzó hacia su madre, abrazándola casi con ansiedad.

- Hijo mío... - murmuró ella.

- Lo siento, mamá – se disculpó Oriol, echándose a llorar, aun sin quererlo. Y su madre le devolvió la disculpa en forma de un silencioso mar de besos.

2.- La paloma

- Buenos días, Fabián – saludó con soniquete monótono el tendero a Fabián, aquel día de invierno que ya desde bien temprano anunciaba otras nevadas.

- Buenos días, Ignacio – le dijo el otro, tratando de reprimir en vano un bostezo. A su lado, observándolo todo con su ya conocida expresión de curiosidad malsana, iba Oriol, su hijo.

La tienda de aquel barrio únicamente podía calificarse de antro mugriento. El gastado suelo de terrazo no había sido cambiado desde los años 70; las paredes, sin pintar desde hacía lustros, se veían amarillentas y hasta rajadas; cada producto que el enjuto Ignacio vendía parecía tener cierto aspecto decadente más bien poco atractivo.

- Oriol, cariño, no te vayas muy lejos – le dijo Fabián a su hijo, al ver que éste salía de la tienda y llegaba hasta el malogrado parque plagado de pintadas y destrozos, donde tantas veces había estado.

- Qué mayor está tu hijo – opinó Ignacio, sin mostrar apenas entusiasmo.

- Sí – respondió Fabián, echándole un vistazo a las páginas de deportes del periódico -. De repente se hacen mayores y no nos damos ni cuenta.

En el parque casi desierto, donde sólo paseaban algunas personas de gestos serios y hasta aburridos, Oriol vagabundeaba distraído en busca de algo interesante que ver.

Cuando estaba ya a punto de abandonar la búsqueda por puro aburrimiento, su mirada encontró a un grupo de niños, algo mayores que él, hablando excitadamente entre ellos, alrededor de algo que habían hallado.

No se paró a pensarlo: a paso decidido fue hasta allí, y dio con aquello que tanta inquietud les provocaba a todos. Una paloma muerta, de plumas grisáceas un tanto sucias, yacía casi ridículamente en el suelo. Algunos niños parecían asqueados, horrorizados, y otros contentos, casi eufóricos. Uno de ellos incluso movía el cuerpo de la paloma con un palo alargado, provocando reacciones de histerismo en las niñas.

Oriol, con toda la tranquilidad del mundo, se acercó al animal, se puso en cuclillas sobre él, y, ante la espantada mirada de todos, con una mano comenzó a tironear de las plumas de una de sus alas, con la intención de arrancarla de cuajo.

- Pero, ¿qué haces? – le reprendió uno de los niños más mayores. Oriol le ignoró por completo.

Al fin logró arrancar un par de plumas ajadas, en el momento en el que Fabián, su padre, salía de la tienda y le llamaba a voces.

- ¡Oriol! ¡Oriol!

El niño, mirando a los demás como si se extrañase de sus reacciones, se metió las plumas en un bolsillo y abandonó al grupo a todo correr.

- ¿Qué hacías ahí?

- Viendo una cosa – contestó Oriol, cogiendo una mano de su padre y encaminándose ambos a casa.

- ¿Y era bonita?

- Sí.

3.- Incomprendido

- ¡Oriol! Ven, la merienda ya está lista – indicó la madre a su pequeño, una vez hubo preparado un bocadillo y un vaso de *Coca-Cola* en la modesta y antigua cocina de la casa, días después del paseo de Oriol con su padre por el parque.

Sentado descuidadamente en el viejo sofá de skay verde en las sombras del salón, Oriol dejó escapar un bostezo, se puso en pie, y se encaminó a la cocina. Allí la blanca luminosidad hizo que entornase un poco los ojos.

Aún no había decidido qué hacer con las plumas de paloma. Habían permanecido ambas sobre el escritorio de su habitación, a la espera de algo.

- Vamos, ahí tienes el bocadillo – le dijo Isabel, llegando a la puerta y señalando con un dedo hacia la mesa de la cocina. La mujer abandonó la estancia mientras Oriol penetraba en ella, hacia su merienda. Cogió el bocadillo y comenzó a comérselo casi con avidez.

Llevando los ojos a la ventana, vio pasar volando por el cielo encapotado una bandada de gaviotas, chillonas y escandalosas. Apenas se percató de que a sus espaldas su madre cogía el cepillo y el cubo de la basura, para volver a marcharse.

¿Qué podría hacer con esas plumas? Eran, a su juicio, bonitas, con sus pequeñas manchas de sangre seca rompiendo la monotonía del gris. Nadie le entendería, ni aunque explicase la belleza que lograba ver en ellas.

Isabel volvió con el cubo de la basura un poco más lleno. Oriol acabó el bocadillo, y, llevando en su mano el vaso de *Coca-Cola* a medio terminar, llegó a su habitación. Sentía la repentina necesidad de observar de nuevo sus dos bonitas plumas. La sonrisa se le borró de los labios cuando no las encontró donde hacía unos minutos las había dejado. Sintió pánico.

- ¿Dónde están?

- ¿El qué, cariño?

- Mis plumas. No están aquí.

Isabel llegó a la habitación, limpiándose las manos con el delantal.

- Eran muy feas, y estaban sucias. Las he tirado a la basura – explicó, con total naturalidad.

- ¡¿Las has tirado?!

- Sí, Oriol, las he tirado. En casa no voy a consentir que haya ese tipo de cosas.

Sintió de pronto una feroz oleada de cólera, de odio infinito hacia su madre, de rechazo absoluto. Se notó incomprendido, desnudo, defraudado.

- ¡Eran mías! ¡Eran mías, no tenías por qué tirarlas!

Enrojeció de pura rabia.

- ¡Eran asquerosas, Oriol, estaban hasta sucias de sangre! ¡Podrías haberte infectado! – gritó Isabel, sin comprender la indignación de su hijo.

- ¡No! ¡Eran bonitas! ¡Eran bonitas!

El niño salió corriendo de la cocina, tirando el vaso de *Coca-Cola* contra una pared, haciéndolo añicos. La madre frenó su carrera violentamente, agarrándole de un brazo.

- ¡No se te ocurra volver a hacer eso! ¿Me oyes? ¡No vuelvas a hacerlo! – chilló Isabel, encolerizada. Oriol forcejeó para soltarse, gritando con rabia.

- ¡Mis plumas! ¡Mis plumas!

Su madre se agachó para darle un azote en el culo. Fue entonces cuando el niño se dio la vuelta, y le dio un golpe a su madre en una mejilla. Sus ojos enrojecieron de dolor y miedo.

Y le soltó, espantada por lo que acababa de pasar.

4.- Una extraña diversión

Había despertado esa mañana con ganas de pasar un buen día. El enfado de su madre y el disgusto de su padre por el incidente de la tarde anterior no habían logrado hacer mella en su ánimo.

Sin decir una sola palabra en todo el trayecto, su madre le había llevado al colegio antes de la hora de entrar. Oriol se perdió entre sus compañeros, cargando a sus espaldas aquella mochila enorme que tanto aborrecía.

No había nada más aburrido que pasar tanto tiempo escuchando la voz monótona y pomposa de la profesora de lengua. A pesar de todo, era uno de los alumnos predilectos. Quizá por eso no gozaba de muchas amistades.

El timbre del colegio, con su sonido impertinente y chillón, indicó el comienzo del recreo. Los pasillos se plagaron de una riada de chiquillos escandalosos. Oriol se sumó al torrente. El patio se llenó de risas, de voces, de juegos. Al llegar allí, se sentó en el suelo, junto a la valla metálica, viendo en silencio a dos niños de su misma clase, peleando acaloradamente. Parecían realmente enfadados.

Los insultos y los gritos lograron arrancarle una sonrisa. Era divertido verles discutir de un modo tan tonto.

Comenzó a comerse el bocadillo, más interesado en la riña que en sus ganas de comer. Varios niños trataron de agravar la pelea. Oriol no movió ni un músculo, observando toda aquella situación sin dejar de sonreír.

Fue entonces cuando uno de los niños, harto de discutir, se dio media vuelta y le dio la espalda a su contrincante. El resto de los espectadores se fue disgregando. La pelea parecía haber acabado. Oriol se indignó.

Soltando el bocadillo a medio terminar, se levantó del suelo, y buscó con la mirada una buena piedra. Encontró una grande, redondeada, perfecta, junto a una de las muchas papeleras del patio. Se agachó para cogerla, y miró al niño que hacía unos segundos había abandonado la riña. Un momento después, aquella misma piedra impactaba violentamente en la nuca del muchacho. La cabeza comenzó a sangrarle. La espalda se le empapó mientras estallaba en alaridos de dolor y de rabia. Volviéndose a toda velocidad, localizó al chico con el que acababa de pelearse, y echó a correr hacia él. La pelea que se formó entre ambos superó todo lo visto hasta ese día. A los gritos se sumaron golpes, bofetadas, puñetazos, patadas. Un nutrido grupo de emocionados alumnos formó un corro. Desde su posición de total seguridad ante la valla, Oriol se deleitaba, callado y sonriente, con el espectáculo. Apartó de una patada el resto del bocadillo que había quedado en el suelo, y esperó a que apareciese algún profesor, para poder fijarse en su expresión de pánico.

Al fin apareció la profesora de lengua. Empalideció casi al momento. Uno de ellos sangraba por la nuca; el otro tenía medio rostro amoratado.

- ¡Vamos a ver al director!

La señora se llevó a ambos al interior del colegio, pasando ante un satisfecho Oriol, que, con frialdad, se quedó mirando la sangre del suelo hasta el final del recreo.

5.- No del todo mal

Jamás le había gustado la gente, en especial cuando había más de la cuenta. Una vez se alcanzaba un número determinado de personas juntas en un mismo sitio, no había forma humana de demostrar que realmente pudiesen razonar individualmente.

Oriol cumplía años, y ya estaba harto de la fiesta, aun sin haber dado comienzo. La casa entera se había llenado, en cuestión de horas, de todo tipo de adornos absurdos de un gusto aberrante. Papá había puesto globos de colores, espumillones, papeles decorados. Mamá había estado encerrada en la cocina bastante tiempo, preparando dulces y más dulces para los niños que estaban por llegar. Ocho años, y ya se encontraba con ganas de volver a los siete, básicamente para que le dejaran en paz. ¿Por qué tanto revuelo por un maldito cumpleaños? ¡Si ni siquiera tenía amigos en el cole!

Su casa se llenaría de niños que le caían mal. También invadirían sus dominios padres con gestos de displicencia que tarde o temprano lograrían incomodar a su madre. ¡Qué harto estaba! ¡Qué harto!

Le sacó de sus cavilaciones el fuerte timbre de la puerta, exactamente a las seis de la tarde. Su madre corrió por el pasillo, estirándose la camisa con nerviosismo. Se acercó a la puerta y abrió. Acababan de llegar cuatro padres con unos cuantos niños.

- ¡Hola! – oyó que saludaba una mujer.

- Fantástico – pensó Oriol, fastidiado. Voces chirriantes, abrazos y besos hipócritas, regalos vacíos. ¡Juguetes! ¿Acaso era un niño de parvulitos? ¡Qué desilusión!

Poco a poco la casa se plagó de gente. Al menos el día no estaba perdido del todo: los dulces de su madre, hechos con todo el amor del mundo, mitigaban el amargor de la celebración.

Juguetes, juguetes, y más juguetes. Igual pensaban que era idiota. ¿Es que a nadie se le había ocurrido regalarle nada con letras?

Aparecieron los dos niños de la pelea. El de la pedrada en la nuca se quedó mirando con cara de odio al del ojo amoratado. Al fin algo entretenido, por fatuo que fuese.

Los padres comenzaron a hablar entre ellos, dispersos por el salón. Algunos niños jugaban hasta con sus propios juguetes. ¡Dios mío, qué aburrimiento!

Oriol iba del salón a la cocina, de la cocina a su habitación, de su habitación a la terraza, y de la terraza al salón. Un *déjà-vu* intencionado, el colmo del hartazgo.

Entró por quinta vez en la terraza, sabiendo que encontraría lo mismo. Pero había algo más.

- Hola – le saludó un niño de unos siete años, bajito, moreno y de ojos verdes. Llevaba ropa cara, y un regalo rectangular en las manos. Parecía nervioso. Bajó la mirada. Oriol no recordaba haberle visto nunca.

- ¿Quién eres tú?

- Tobías. Soy hermano de Daniel.

Pensó. Daniel era el de la pedrada en la nuca.

- ¿Y qué haces aquí?

- La gente me da miedo.

Oriol arqueó las cejas, sorprendido. ¿Miedo? A él le daba asco, pero, ¿infundir miedo? Eso sí que tenía sentido.

Tobías manoseó inquieto el paquete, como si temiese la reacción del cumpleañosero.

- Mi... Mi hermano te ha traído ya un regalo, pero me... Me parecía bien traerte otro yo – explicó, tendiéndole el envoltorio, que de tan toqueteado estaba caliente. Oriol no supo qué decir. Al final sonrió.

- Pues gracias – dijo. Una curiosa emoción le sacudió el estómago. ¡Era un libro!
- Me dijo mi abuelo que debías leerlo cuando fueses más mayor.
- “*El Retrato de Dorian Gray.*”

Oriol ensanchó su sonrisa.

- ¡Tobías! ¡Venga, tenemos que irnos! – oyeron que llamaba el padre del muchacho.

- ¿Te gusta?
- ¡Claro!

Aquella respuesta había sido sincera. ¡Por fin algo con letras!

Tobías le sonrió a él, y abandonó la terraza a todo correr.

La fiesta acabó como había empezado. Las conversaciones, risas y juergas se fueron extinguiendo lentamente. La casa, oscura, silenciosa y desordenada, parecía haberse muerto poco a poco. O puede que sólo se hubiese quedado dormida de cansancio.

- Oriol, ¿te lo has pasado bien? – preguntó su madre, con gesto de somnolencia.
- Más o menos.

No conseguía despegar los ojos de aquel libro de tapas negras y bordes rojos. Le atraía.

- ¿Con quién hablabas en la terraza?
- Con un amigo, mamá.

6.- Débil

El parque estaba casi vacío, bajo aquella capa pegajosa de polución y suciedad tan usual en cualquier barrio de la ciudad.

Dorian Gray, aun siendo ficticio, estaba hechizándolo. Ignorando las advertencias de Tobías, había comenzado a leer el libro.

-Mi abuelo dijo que...

-Ya sé lo que dijo tu abuelo. Pero nadie más me regaló un libro.

Tobías volvió a quedarse cabizbajo. Era inseguro, quizá demasiado. Triste, más bien. Parecía tan vulnerable...

Desde el día del cumpleaños, algo parecido a una simpatía disfrazada de compasión había hecho que Oriol buscara de algún modo la compañía de Tobías.

-¿Por qué me lo regalaste?

Las mejillas de su nuevo amigo enrojecieron.

-A mi abuelo le gusta.

-¿Y a ti?

-Creo que sí, pero mi abuelo dice que todavía soy un poco pequeño para comprenderlo del todo.

Oriol chasqueó la lengua, fastidiado.

-Tu abuelo dice muchas cosas. No creo que lo sepa todo.

-Sabe mucho.

-Mi madre también sabe muchas cosas, pero no le hago mucho caso.

-¿Y por qué no?

-Porque es mi madre.

-¿Si no fuese tu madre la harías más caso?

-A lo mejor sí.

Permanecieron callados durante unos instantes, reflexionando.

-¿Y si tu madre ya no estuviese contigo?

Oriol cerró el libro de mala gana. ¿Por qué hablar de su madre con Tobías? No tenía razones para hacer eso.

-¿Y a ti por qué te interesa tanto mi madre?

-Porque yo no la tengo. Se fue hace tiempo.

-¿A dónde?

-No lo sé.

Una voz cavernosa y ajada llamó a Tobías. Un hombre mayor, de cabello cano, se acercaba a ellos a paso renqueante.

-¡Abuelo!

Tobías le abrazó, y él le acarició el pelo con una de sus cuarteadas manos.

-Tú eres el nuevo amigo de mi nieto, ¿no?

-No- escupió Oriol, de mala gana. Tobías frunció el ceño.

-¿Ah, no? ¿Entonces de quién eres amigo?

-De nadie.

-No es eso lo que me ha contado- le dijo, con el tono de voz suave. El niño bajó la mirada, obstinándose en continuar enfurruñado.

-Oriol está leyendo el libro- dijo Tobías, tironeando del abrigo de su abuelo.

-Ya veo. Espero que te esté gustando.

-No.

Aquella respuesta pareció costarle muy poco. De todos modos, ¿tan gratificante era ser maleducado?

-Lamento que no te guste- murmuró el abuelo, tras un grave carraspeo-. Venga, Tobías. Tu padre nos está esperando en casa.

Oriol miró a Tobías, y descubrió en él algo parecido a una tristeza tenue, sí, pero muy significativa. Le apreciaba, y acababa de hacerle daño.

-Adiós, Oriol.

Abuelo y nieto abandonaron el parque. Oriol se vio a sí mismo solo, descorazonado. Y se odió.

7.- Eres un mal niño

-¿Nunca te has preguntado por qué tu abuelo te deja aquí todos los domingos?

-Va a ver a un amigo.

-No me lo creo.

Oriol y Tobías habían logrado hacer las paces. Harto de su propia mala conciencia, Oriol se había disculpado por su impertinencia. Semanas después, jugaban juntos en su casa. El abuelo acababa de dejar allí al niño. Fuera llovía como nunca.

-¿Por qué no vamos a ver a dónde va?

Tobías le miró como si estuviese loco. Pero instante después, asentía, con una sonrisa traviesa iluminando su rostro pecoso.

La casa quedó vacía y silenciosa unos minutos después.

-¡Mira! Por allí va- indicó Tobías, asomándose cautamente por el desaseado callejón que había junto al bloque de pisos. El anciano caminaba con la cabeza gacha. Los dos niños le siguieron.

-No hagas ruido o nos oirá.

Salieron del callejón y atravesaron un paso de peatones, bajo aquella molesta lluvia que no parecía querer parar nunca. Pasaron junto a una tentadora juguetería, y al otro lado de la calle, una tienda de chucherías les llamó a gritos. El abuelo continuó calle abajo.

-¿Dónde va?

Giró a la derecha, llegando a una despejada avenida con feos setos grisáceos. A Oriol se le hizo un nudo en la garganta cuando vio dónde entraba. El abuelo, y los chicos tras él, comenzaron a sortear las tumbas de aquel cementerio nuevo sin historia ni belleza. Allí hasta el silencio era estruendoso.

Al fin paró ante una de las sepulturas, y, bajando la mirada, comenzó a murmurar una oración. Tobías llegó corriendo junto a él, interrumpiéndole.

-¡Tobías, no!- gritó Oriol.

-¿Qué estás haciendo aquí? ¡Te dije que te quedases con...!

Y, al señalarle, su expresión de sorpresa mudó en otra de indignación. De inmediato apartó a su nieto de la tumba. Tarde. El niño ya había leído la inscripción del frío mármol.

-¡Es mamá! ¡Es mamá!

Empezó a llorar, y con él, Oriol La madre se había marchado, sí, pero de una manera...

Tobías se dejó abrazar por su abuelo.

-¡Márchate! ¡No te acerques más a mi nieto! ¡Eres un mal niño! ¡Un mal niño!

Oriol echó a correr en dirección opuesta, saliendo del cementerio con tanta rapidez que pronto le ardieron los pulmones. Paró, dejándose caer en un banco. La lluvia le acribillaba la piel, pero no le dolía tanto como aquella lapidaria frase de *El retrato de Dorian Gray* martilleándole la mente:

Si uno vive exclusivamente para sí mismo, es seguro que paga un terrible precio por ello, y lo pagamos con remordimiento, con... Bueno, con la conciencia de la propia degradación.

8.- No me das miedo

-Oriol, ven un momento, anda- pidió Fabián, semanas después del incidente en el cementerio de Montjuic.

-¿Qué quieres, papá?

-Hace ya muchos días que no ves a Tobías. ¿Ha pasado algo?

-No.

-¿Estás seguro? Yo no diría eso.

El ambiente en el salón de pronto se volvió tenso, un tanto desagradable. Oriol conocía muy bien ese tono de voz que usaba su padre cada vez que debía reñirle por algo. Ya lo había empleado en algunas ocasiones.

-Su abuelo no me deja verle.

-¿Por qué?

-Porque le enseñé una cosa.

-¿Mala?

-Yo creo que no.

Quiso marcharse de nuevo a su habitación, olvidarse de aquella conversación, no volver a pensar en Tobías.

-¡Oriol!- volvió a llamarle. El niño retrocedió, cabizbajo. Un cosquilleo a la altura de la rabadilla le indicaba que algo serio debía pasar.

-He hablado con su abuelo esta mañana- explicó Fabián -. Me ha dicho que le has hecho daño. Le seguisteis hasta el cementerio. ¿Es que no te diste cuenta de que eso estuvo mal?

-Fue mala suerte. Yo no sabía que su madre estaba allí.

-Pero sabías que su abuelo no quería que vieseis dónde iba, y aun así fuisteis detrás de él. No sólo es de mala educación, sino que moralmente está mal. ¿No lo entiendes?

-¡Fue mala suerte! ¡Lo fue!

-¡No, no lo fue, Oriol! ¡Tú convenciste a Tobías! ¡Lo hiciste a propósito!

El chico le dio la espalda, y Fabián le siguió.

-¡A mí no me des la espalda! ¡Quiero que vayas a su casa y te disculpes ante su abuelo! ¿Me oyes?

-¡No pienso hacerlo! ¡Yo no hice nada!

-¡Vas a hacerlo quieras o no!

Echó a correr hacia su habitación, y cogió lo primero que encontró en su desordenado escritorio, volviendo sobre sus pasos al momento.

-¡No me das miedo!

Y le arrojó el objeto con rabia. Fabián lo esquivó rápidamente.

-¡Oriol!- bramó, tan furioso que tanto su cuello como su frente enrojecieron. Oriol se encerró en su cuarto de un sonoro portazo. Segundos después, su padre entraba a zancadas.

-La próxima vez tírame algo que no se pueda romper.

Y lanzó, despectivo, *El retrato de Dorian Gray* sobre la cama. Sus páginas habían quedado terriblemente ajadas.

El portazo del padre, al salir, fue más fuerte que el del hijo.

9.- Traidor traicionado

Nada le sentaba peor que tener que disculparse por algo que no consideraba falta alguna. Al fin y al cabo no tenía la culpa de que la madre de Tobías hubiera muerto. ¿De qué habría muerto?

Sacudió la cabeza, intentando sacarse de las neuronas cualquier distracción.

-Procura parecer arrepentido- pensó.

Barcelona continuaba triste, como tintada de un feo color marrón claro. Su caminar quedaba lapidado bajo el bramido de la circulación, y para cuando llegaba al humilde bloque de pisos donde vivía su amigo ya había repetido sus frases una docena de veces. El rol debía estar más que ensayado. Quizá Tobías recapacitase.

Llamó al telefonillo. Al poco una voz extraña le preguntó.

-¿Sí?

-Buenos días. Soy Oriol. ¿Está Tobías?

Mutismo. Un segundo después, la puerta se abría. Una vez dentro, el sonido de los coches se apagó. Subiendo por las oscuras escaleras, los pasos se perdían en el silencio tras unos momentos de eco. 2º C. Apretó el timbre, mientras carraspeaba. La puerta cedió con una lentitud inquietante.

-Hola, Oriol.

Tobías parecía preocupado, temeroso.

-Necesito hablar contigo. Sé que estuvo mal convencerte para seguir a tu abuelo ese día, pero créeme: yo no sabía que tu madre estaba allí enterrada. No lo sabía.

El otro abrió la boca, pero una voz desde el fondo de la casa le interrumpió.

-¡Tobías! ¿Es Oriol?

-Sí, Arnau.

Oriol frunció el ceño al ver aparecer a Arnau, uno de aquellos imbéciles de clase. Menudo mamarracho.

-Déjame hablar con él.

Tobías bajó la mirada y dejó a Oriol en el umbral de la puerta. Arnau, de ondulado cabello dorado y grandes ojos castaños, llegó ante él con una sonrisa burlona pintada en los labios.

-Ya no quiere saber nada de ti- le dijo, claro y directo-. ¿Qué pasa contigo, Oriol?

-Tobías es amigo mío. Tú no tienes nada que ver con esto.

-No eres amigo suyo. Ahora ya no.

-¡Quiero ver a Tobías! ¡Tobías!

-¡Te he dicho que no quiere estar más contigo!- gritó Arnau, plantándose ante Oriol con los brazos en jarras. Tobías parecía guardar silencio en el interior de la casa.

Oriol se quedó paralizado. De modo que había sido sustituido en apenas dos meses. Arnau había pasado a ocupar su lugar. Maldito Arnau. Y maldito Tobías.

Tardó un momento en decidir qué hacer. Se dio la vuelta y descendió las escaleras a paso ligero. Al llegar a la calle las lágrimas empapaban sus mejillas.

Y Tobías, mirando por la ventana, también lloró.

SEGUNDA PARTE: ADOLESCENCIA

10.- Inocentes

-Pistolas como éstas ya no se ven por ningún lado– opinó Fabián, mientras sostenía en las manos una antigua *Gamo Competición* de aire comprimido.

-Era de mi padre– contestó el joven Arnau, orgulloso.

La Plaza Lesseps estaba especialmente vacía bajo aquel cielo plomizo heraldo de una buena tromba.

-Cuidala bien. Es una gran pistola.

-Ya lo creo. Podrá ser vieja, pero aún funciona como el primer día.

-¡Oriol! Hijo, ven.

El muchacho llegó hasta su padre y Arnau. Ese imbécil, pensó. Cuando Tobías dejó de relacionarse con Oriol fue Arnau quien envenenó aún más sus ideas. Desde aquello ya había pasado un tiempo. Más que un tiempo, años.

-¿Recuerdas a Arnau? Fue amigo de Tobías.

-Claro que le recuerdo– dijo Oriol, mirando hacia la pistola con indolencia.

-Estaba enseñándome la *Gamo* de su padre. Es un poco antigua, pero funciona bien.

Oriol la cogió. Una especie de hormigueo en las yemas de los dedos le incitó a buscar algo con la mirada, algo que sirviese para...

-El abuelo de Tobías está enfermo, muy enfermo– dijo Arnau -. Yo creo que está muriéndose.

-Ley de vida– masculló Oriol, sin conmoverse.

-Esperad aquí un instante– dijo de pronto Fabián, encaminándose a una tienda cercana, y dejando solos a Oriol y a Arnau.

-¿Qué ha sido de ti, Oriol?

-No debería importarte.

-¡Vamos, hombre! Continúas guardándome rencor por haberte apartado de Tobías, ¿no?

Había sido su único amigo. *El retrato de Dorian Gray* permanecía en la estantería de su habitación como uno de los mejores regalos jamás recibidos. Había pasado unas tardes increíbles en compañía de Tobías. Casi como hermanos.

Se quedó callado.

-Tobías ya se había apartado de ti cuando yo llegué– continuó diciendo el otro, terco.

-Repito que todo lo que tiene que ver conmigo debe darte igual.

Se volvió entonces a Arnau, cargó la pistola, y le encañonó con la sangre fría de un francotirador.

-¿Qué coño haces? ¡Baja eso! ¡Bájalo!

-Ya no soy ese crío mierdoso al que todos ignorabais, Arnau. De mí ya no se ríe nadie, ¿verdad?

Al otro empezó a temblarle patéticamente el mentón.

-¡Yo no me he reído de ti nunca!

-Sí que lo has hecho– afirmó Oriol-. Me apartaste de mi amigo cuando tuve la oportunidad de arreglar las cosas con él. ¿Creíste que no pagarías por ello?

-¡Baja la pistola! ¡Bájala, por favor!

Los segundos de quietud se hicieron insoportables. Un gato atigrado salió, en ese instante, de debajo de un coche. Oriol no dudó un momento. Bajó la pistola y disparó. El animal huyó de allí con un ojo reventado. Poco después quedaba muerto en el sucio asfalto.

Arnau contuvo el aliento, apartando la mirada y aguantando las ganas de vomitar.

-Estás loco, joder... Estás loco...

Fabián salió de la tienda.

-Venga, Oriol. Vamos a casa.

Oriol le devolvió la *Gamo* casi con desdén, y susurró al oído de Arnau:

-Tobías era mío. Y volverá a ser mío.

11.- Ella

Maldito Tobías. Nunca le perdonaría aquella traición, nunca. Maldito desleal.

Demasiadas cosas pasaban por su cabeza mientras Oriol regresaba a casa en uno de los autobuses que recorrían la ciudad, semanas después. Se le perdía la mirada en las calles, en las plazas, en los edificios, todos ellos ya mortecinos por un crepúsculo que parecía haber llegado con demasiada prisa. No miraba nada en concreto. Ese anochecer hasta le irritaba la aparente indolencia del mundo.

La expresión desvalida de Tobías no se le conseguía ir de la cabeza, por mucho que se empeñase en olvidarla. ¡Qué falta de carácter!

-Disculpa, ¿está libre?

Oriol interrumpió sus pensamientos, desviando su mirada hacia una bonita chica con cara de pocos amigos. Le agradó su cabello rizado, y un retortijón no demasiado desagradable sacudió sus entrañas cuando se sintió observado por aquellos ojos verdes, tan fríos, tan escrutadores. Una buena cantidad de pulseras oscuras adornaba sus muñecas, y sus ropas, lejos de la cotidianidad, permitían adivinar un carácter un tanto peculiar.

-No, no está... Quiero decir, ¡sí! Está libre.

La chica alzó una ceja, al percatarse de que Oriol acababa de analizarla de arriba abajo. Finalmente tomó asiento a su lado.

-No deberías mirar tan descaradamente a la gente, y menos a las chicas. Cualquiera podría darte un bofetón.

-Tú seguro que lo harías- escupió Oriol, de malos modos, mientras miraba de nuevo por el ventanal empañado.

-Puede que no lo hiciera si me mirases.

Oriol desvió los ojos de nuevo hacia ella. Parecía divertirse a su costa.

-Eso no tiene sentido- opinó, fingiendo indiferencia.

-¿Tú crees?

Los ojos de la chica brillaban de malicia. Estaba jugando.

-Mira niña, será mejor que te vayas a casa y te pongas a peinar con tus muñecas.

La joven le sonrió. El retortijón se hizo más molesto que antes.

-Yo no juego con muñecas, sino con muñecos.

Tardó varios segundos en pensar su nueva contestación. ¿Estaba poniéndose nervioso por una mocosa?

-¿Quién coño eres? ¿Me conoces acaso?

-No, no te conozco, pero me gustaría. Me llamo Noa.

El otro esbozó una mueca de asombro.

-¿Y a mí eso qué me importa?

-Debería importarte. Voy a ser tu vecina. Te he visto salir del portal varias veces.

El chico no se atrevió a decir nada más. Aprovechó el frenazo del autobús en una de las paradas del recorrido, y salió a paso rápido, después de ponerse en pie de un salto, dejando a Noa, aún sonriéndole, en el interior.

-¡Ya nos veremos, vecino!- le gritó, cuando el autobús volvía a coger velocidad y poco a poco se perdía en la noche.

-Qué asquerosa- pensó el chico, al tiempo que una sonrisilla se dibujaba en sus labios.

12.- No es para tanto

La Sagrada Familia parecía más decadente que nunca ese día, cuando Oriol decidía pasar un agradable rato en compañía de *Rebeca*, de *Daphne Du Maurier*, uno de sus libros favoritos. Una vez se sentó en uno de los bancos de la Calle Sardenya y comenzó a leer, la propia lectura se le olvidó.

El encuentro con aquella chica, Noa, había logrado inquietarle. De algún modo sentía algo parecido a simpatía hacia ella. ¿O era acaso algo más? Al momento sacudió la cabeza, haciendo bailar las letras en su mente. ¡Imposible leer en esas condiciones!

-Era solo una niña- pensó.

-Disculpa, ¿está libre?- le preguntó una voz, ya conocida, y curiosamente burlona. Oriol levantó los ojos del libro, y se encontró, cara a cara, con Noa. Acababa de usar las mismas palabras de hacía semanas. Pero aquella vez sonaron distintas, quizá un poco menos inocentes.

-De todos los bancos que hay en Barcelona, ¿solo se te ocurre querer sentarte en éste?- se quejó.

-Es que en el resto de los bancos no hay nadie interesante, solo carcamales desecándose al sol.

Oriol, a pesar de sí mismo, llegó a reírse.

-Anda, siéntate- acabó diciendo, moviéndose a un lado para dejar espacio libre. Noa tomó asiento con naturalidad.

-La verdad es que te he encontrado por casualidad- dijo, sacando del interior de su bolso un paquete lleno de vistosas chucherías.

-Ya.

-¿No te lo crees?

-No.

-Haces bien. Yo tampoco.

La chica abrió la bolsa, y le animó a coger alguna golosina. Oriol rehusó, desdeñoso.

-¿Qué estabas leyendo?

-*Rebeca*.

Noa le quitó el libro de las manos. El otro intentó quejarse, pero únicamente movió los labios. No veía forma de atacar a aquella joven de ninguna manera, como si no encontrase armas lo suficientemente buenas.

-No está mal- opinó, en cuanto se lo devolvió. Oriol la miró con expresión indolente, como si diese a entender que no le importaba lo que ella pudiera opinar. Noa se sonrió.

-¿Eres siempre tan maleducado con todo el mundo?- escupió de repente, con cierto tonillo de recochineo.

-Solo cuando el mundo me cae mal, de modo que sí, soy así con todo el mundo.

Noa dejó escapar una sola risotada.

-No creo que haya mucho que odiar. El mundo no es para tanto.

-Todos necesitamos algo que odiar.

-Y también algo que amar.

Dicho aquello, se levantó del banco, y bostezó, estirándose.

-Un placer hablar contigo.

Oriol se la quedó mirando con expresión anonadada mientras se marchaba de allí.

-Lo mismo digo- susurró.

13.- El Porsche

-Oriol, lo que más necesita mamá ahora es que te ocupes un poco de ella- le iba diciendo Fabián a su hijo, caminando ambos rumbo a casa, bajo un minúsculo paraguas oscuro que apenas les cubría los hombros-. Hasta que los médicos no nos digan por qué está tan débil de un tiempo a esta parte te pido que le hagas caso y ayudes en casa.

-Haré lo que pueda- dijo el otro, sin mucho ánimo.

-No te digo que dejes de ver a esa chica, Noa, sino solo que cuando estés con tu madre procures ponerle las cosas fáciles.

Oriol guardó silencio, dejando vagar los pensamientos mientras caminaban.

-Por cierto: Noa me gusta- añadió Fabián-. Parece una chica de fiar.

Su hijo se sonrió, mirando al suelo. Noa podía engañar a todo el mundo si quería. Como Rebeca, pensó. Y darse cuenta de que él era el único capaz de comprenderlo le hizo sentirse curiosamente incómodo.

-Lo es, pero por el momento solo somos amigos.

-¿A ti te interesa, Oriol?

-Puede que sí. De todos modos, la que decide es ella. Siempre es ella la que decide.

Fabián paró de sopetón, mirando al chico como si acabase de hacer un gran descubrimiento.

-Tú la admiras- adivinó.

-¡Qué va!

-No digas que no.

Las orejas de Oriol adquirieron un color escarlata que pronto tornó en morado. Fabián soltó una risilla de ternura.

-Bueno, hijo- le calmó, volviendo a caminar junto a él-. No hace falta que te diga que puedes contarme lo que quieras, o pedirme ayuda.

-Ya lo sé, papá.

Junto a ellos frenó, en ese momento, un flamante Porsche de color plateado, impecable, perfecto. Lo conducía poco más que un mocoso de ropa cara. En cuanto cambió el semáforo, el coche aceleró, y se perdió a toda velocidad calle abajo, haciendo rugir el tubo de escape mientras se alejaba.

-Ni siquiera uno de esos podría impresionar a Noa- masculló Oriol-. Nunca le impresiona nada.

-Y parece que lo estás intentando.

-Cada día. Pero no acierto.

-Ten paciencia. Ya acertarás.

14.- No quiero estar solo

Muchas veces le habían preguntado qué quería ser de mayor. Con trece años, nadie sabe a ciencia cierta qué diablos va a hacer con su vida. Oriol nunca pareció tenerlo claro. Quizá por eso siempre guardase silencio. O quizá no.

Asomado a la ventana de su habitación, mientras observaba las desiertas callejuelas empapadas por la lluvia, pugnaba contra las ganas de encender el móvil. Hacía semanas había logrado hacerle un par de fotos a Noa, sin que se diese cuenta. Pequeñas, desenfocadas y cutres, aquellas dos fotos eran las únicas cosas que se atrevía a tener de ella. Ella, siempre ella. A menudo pasaba largos ratos observándola, imaginando lo inconfesable.

Cuando ya estaba decidido a coger el móvil del escritorio oyó toser débilmente a su madre. Casi al momento abandonó sus conjeturas, y fue hasta el salón. Isabel estaba en el sofá, tan pálida y débil como hacía días. Aún no había respuestas del médico.

-¿Necesitas algo, mamá?

-No, hijo, pero me gustaría hablar contigo.

Oriol se sentó a su lado, callado. Isabel carraspeó de nuevo, aclarándose la garganta.

-Papá me ha dicho que hay una chica...

El joven se levantó del sofá como si le hubiera dado calambre.

-A todos os importa demasiado lo que yo pueda sentir hacia ella- se quejó.

-Oriol, solo trataba de decirte que me encantaría ver cómo acabáis juntos. Sois muy jovencitos aún, lo sé, pero es ahora cuando debéis empezar a pensar en vuestro futuro.

-Mamá, tú ya sabes que quiero ir a la universidad. A partir de ahí pueden pasar muchas cosas.

Isabel sonrió tenuemente, entornando los ojos hacia su hijo.

-De pequeño decías que querías ser artista, o músico. Solo me lo decías a mí, como si temieses las burlas de los demás.

-No, yo no tenía miedo. No lo decía porque a nadie debía importarle.

-¿Y sigues con las mismas ideas?

-Ya no, mamá. Eso eran cosas de niños.

La madre dejó escapar un suspiro, y volvió a toser con fuerza.

-Dame un beso, anda.

Oriol le dio un beso a su madre en una mejilla, y regresó en silencio a su habitación. Se arrodilló junto a la cama, alzó un poco el colchón, y sobre el somier, bien escondido, halló un cuaderno de hojas blancas. Allí tenía una buena cantidad de dibujos a plumilla y lápiz blando. Y también tenía un cuaderno de pentagramas. Algún día se escucharía la música que dormía en él. Su música.

Miró hacia el móvil. De inmediato, un solo deseo invadió su mente:

-No quiero estar solo.

15.- Una edición preciosa

-Eres bobo- opinó Noa, nada más encontrar, quizá por casualidad, uno de los muchos cuadernos de Oriol, plagados de dibujos.

-¿Y por qué cojones soy bobo?

-Porque te guardas estas cosas para ti. Soy tu amiga, ¿sabes? Y los amigos se confían sus aficiones.

-Yo no tengo por qué confiarte a ti nada.

-Ya lo sé, pero luego te molesta que nadie te comprenda. ¿Cómo hacerlo, si no hablas?

-No hablo porque no quiero.

-Entonces sé consecuente y cállate tus quejas.

A veces Noa podía llegar a ser bastante hiriente. Y lo peor era que tenía razón. Sintió ganas de zarandearla, pero se contuvo. En el momento de abrir la boca, sonó el timbre. Salió del salón a grandes zancadas, y, sin echar un vistazo por la mirilla, abrió.

-Hola Oriol.

El chico se quedó helado. Tobías acababa de aparecer en el umbral de la puerta. Llevaba un libro en las manos.

-¿Qué haces aquí?

El otro enrojeció de vergüenza. No había cambiado nada en aquel tiempo.

-Siento muchísimo haberme distanciado- confesó-. Arnau comenzó a hablar mal de ti sin razón hace unos meses, y he acabado por cansarme.

-¿De modo que Arnau ya no te hace gracia?- soltó Oriol, encogiéndose de hombros.

-Yo he sido amigo de Arnau, pero él nunca se ha considerado amigo mío. Él no ha querido ser amigo mío jamás. Tú sí. Siempre fuiste amigo mío. Y me arrepiento de haberte dado la espalda.

Oriol guardó silencio, tamborileando con un pie en el suelo.

-Perdóname- terminó diciendo Tobías, alzando la mirada. Aquella expresión, serena pero insegura, directa pero temerosa, era la guillotina emocional. Oriol suspiró, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

-Bueno, supongo que se puede hacer borrón y cuenta nueva, ¿no?

Tobías sonrió tímidamente. Pareció liberado.

-Te he traído esto - masculló, ofreciéndole el libro. Se trataba de una preciosa edición de *El Retrato de Dorian Gray*, la más maravillosa que jamás había visto.

-Gracias, amigo- respondió Oriol, haciendo hincapié en la última palabra. Tobías volvió a ruborizarse.

-Mi abuela me está esperando abajo. Vamos a ir al cementerio, a ver a mi abuelo.

Al fin ambos se despidieron. Nada más cerrar la puerta, Noa salió del salón con una sonrisa burlona en los labios.

-Menudo par de bobos.

16.- Sospechas

Isabel cada día empeoraba un poquito más, y nadie sabía por qué. Pasaba horas tumbada en el sofá, viendo pasar el tiempo. En ocasiones incluso tenía dificultades para hablar. Parecía haberse dejado vencer por la vida.

-Tu madre está muy mal. ¿Qué dicen los médicos?

-Nada, Tobías. No saben qué tiene. Le han recetado unas pastillas de litio, para la depresión. Pero no saben por qué está así.

-¿Y qué crees que puede ser?

Oriol negó con la cabeza. No era capaz de concebir ninguna respuesta aceptable.

Tobías se levantó, desperezándose. Dio unos pasos hacia su amigo, y observó el dibujo que había empezado días atrás. Una serpiente de aspecto monstruoso estrangulaba a una joven desnuda.

-¿Es que nunca puedes dibujar nada agradable?

-No.

-¿Por qué?

-Porque no me gusta lo agradable. No me saldría bien.

Llevando la mirada a la pared junto a la ventana de la habitación, observó lo menos una docena de fotografías a cuál más inquietante. En todas ellas destacaba una única cosa: la mujer.

-¿Has vuelto a ver a Noa?

-No. Hace varios días que no sé nada de ella.

Permanecieron un segundo en silencio, hasta que Tobías volvió a hablar, distraído.

-Es guapa.

Los ojos de Oriol se levantaron del papel, y se volvieron hacia su amigo.

-Espero que eso no signifique nada- le amenazó. Tobías empalideció.

-No significa nada, créeme.

A la casa llegó entonces Fabián, cargado con varias bolsas y jadeando de cansancio. Oriol escondió el dibujo bajo el colchón, y fue a ayudar a su padre.

-Gracias, hijo. He traído las pastillas de tu madre.

Dejaron las bolsas en la cocina, y de una de ellas Fabián sacó una pequeña caja rectangular. Al momento fue a la alcoba donde estaba Isabel. Al fijarse en una de las bolsas, Oriol encontró una botella de anticongelante.

-Ya compró la semana pasada- musitó. Tobías le miró con el semblante extrañado. Fabián regresó sonriente.

-¿Os apetecen unos perritos calientes?- les ofreció.

-Claro.

Pero el chico se quedó intranquilo. ¿Tanto anticongelante había gastado el coche de su padre en tan solo una semana?

17.- Ante el mármol

¡Márchate! ¡No te acerques a mi nieto! ¡Eres un mal niño! ¡Un mal niño!

Aquellas eran las duras palabras que Oriol recordaba en secreto, junto a un afligido Tobías y ante la tumba reciente del abuelo.

-¿Te acuerdas de aquel día, cuando le seguimos y encontramos la tumba de mi madre?

-Se enfadó mucho, y además sin razón.

-Sí, ya lo sé. Se pasó contigo.

Estúpido viejo. Bien muerto está, pensó Oriol, conteniendo una sonrisa de satisfacción.

Tobías se adelantó un paso, y dejó un pequeño ramo de margaritas doradas sobre el mármol.

-Las flores favoritas de Noa son los lirios- dijo Oriol, aquella vez sonriendo abiertamente.

-Las margaritas eran las preferidas de mi abuelo. Le encantaban. En el jardín había un espacio especial para ellas. Mi abuela le regañaba porque tenía la costumbre de reducir el espacio de la huerta para las margaritas. Ahora ha abandonado la huerta y solo planta margaritas de todas las especies.

-¿Y por qué hace eso?

-Porque quería mucho a mi abuelo. Es su modo de honrarle.

-Eso es una tontería. A un muerto se le puede honrar de otro modo menos ridículo.

-Mi abuela reza.

-Otra tontería.

-¿Tú no crees en Dios?

-No. Dios no existe.

-Sí que existe.

-Si existe, y si es tan bueno como dicen los cristianos, ¿por qué tu abuelo está muerto?

Tobías guardó silencio durante un instante.

-Entonces, ¿tú en qué crees, Oriol?

-En mí mismo. En el aquí y ahora. No somos más que carne y sangre. Carne, sangre y mierda.

-¿Y qué hay del alma, del espíritu?

-Una gilipollez como tantas que se dicen para tener a la gente tranquila. No te creas nada de eso, son mentiras. Cuando nos morimos, nos pudrimos y desaparecemos. Ya está.

-¿Por qué estás tan convencido de eso? Tampoco sabes si es verdad.

-Nunca nadie ha vuelto para decir si existe el Más Allá, Tobías. Me baso en eso. Nadie ha vuelto.

-Pues tú cree lo que quieras- zanjó Tobías-. Yo quiero creerme que tenemos alma y que existe Dios. Por si acaso.

El chico se santiguó, y, dándole la espalda a Oriol, comenzó a caminar hacia la puerta.

18.- Triste celebración

El tenue pero continuado zumbido propio de la muchedumbre invadía *La Balsa* aquel mediodía. Fabián y su mujer esperaban a que uno de los atareados camareros les llevase la carta, sentados en una de las mesas más alejadas de la entrada del restaurante.

-¿Te acuerdas del día que vinimos aquí por primera vez?

-Claro que me acuerdo. No podría olvidarme nunca.

En las nieblas del recuerdo, Isabel evocaba aquel mismo lugar, plagado de risas, murmullos, charlas. El aroma a buena comida era el mismo. La incomodidad de las sillas era la misma. El ritmo apresurado de los camareros no había cambiado. Y sin embargo nada era igual.

-Éramos jóvenes e idiotas. Tú acababas de decirme que querías ser mi novia.

Isabel sonrió, bajando los ojos hasta la copa vacía que tenía ante sí.

-De eso hace unos cuantos años. Demasiados.

-¿Demasiados?

-Puede ser. Lo siento, cariño.

Fabián ensombreció su gesto.

-Isabel, estás cansada, ¿verdad? Estás cansada de vivir.

La mirada de su esposa se enrojeció.

-Y no sé por qué. Tengo todo lo que puedo desear. Todo menos salud. Me siento mal siempre. Los médicos no me encuentran nada, pero yo sé que tengo algo.

-Tú has de continuar tomándote las pastillas. Te hacen mucho bien.

-Oriol está preocupado. A menudo me pregunta cómo me siento y qué es lo que hago. Parece que quiere saber cada minuto de mi vida desde que empecé a enfermar.

Fabián tosió, al ver llegar a un adusto camarero portando la carta en las manos.

-¿Qué van a querer para beber?

-Vino tinto, gracias.

El camarero se marchó a paso acelerado tras dejar la carta sobre la mesa. Isabel y su marido guardaban silencio mientras elegían los platos. A los pocos minutos el mismo camarero volvió con una botella de vino.

-¿Y por qué crees que te pregunta tanto?- quiso saber Fabián, fingiendo cierto desinterés.

-No lo sé, creo que sospecha de mí. Puede que piense que yo misma me estoy envenenando de alguna manera.

-Eso es ridículo.

Isabel cerró la carta y la dejó a un lado.

-Voy un momento al baño.

Se levantó y, acariciando el hombro de su marido, se alejó rumbo a los lavabos. Fabián desvió los ojos hacia el líquido granate de la copa de su esposa. Un segundo después, no sabía si sonreír o mantenerse imperturbable.

19.- La bronca

-¿Anticongelante en el zumo del desayuno? ¿Es que estás mal de la cabeza?

-¡Joder, Noa! ¡No se me ocurre otra cosa! ¿Yo qué cojones sé?

-¡Tronco, hay posibilidades menos descabelladas! ¡Igual el coche de tu padre consume mucho anticongelante! ¡Pero a nadie se le ocurre comprarlo para envenenar a su mujer!

Oriol la chistó con violencia para que guardase silencio. El bar estaba abarrotado de escandalosos parroquianos, y el humo del tabaco era tan denso que satinaba la luz amarillenta de las lámparas.

-Baja la voz, ¿te importa? A nadie le interesa lo que hablamos.

-Pues aquellos dos están muy interesados- bromeó Noa, señalando, con un simple gesto de las cejas, hacia dos sesentones que fingían indiferencia. Uno de ellos carraspeó cuando la joven clavó su fría mirada en él. Oriol se volvió hacia ambos con expresión glacial.

Al fondo del concurrido local comenzó a formarse una algarabía de lo más incómoda. Tres tipos de aspecto tosco habían iniciado un tenso debate. De pie y haciendo violentos aspavientos con las manos, voceaban y gruñían como gorilas en un zoológico. Eran molestos, muy molestos.

-A mi madre le ocurre algo muy malo, Noa. No sé de qué se trata, pero es evidente que ni ella misma lo entiende. Las pastillas la están ayudando mucho, pero su debilidad no proviene solo de la depresión. Está pasándole algo más, aunque los médicos no sean capaces de verlo.

-¿Y por eso tienes que sospechar de tu propio padre?- se quejó Noa, tras darle un sorbo a su refresco.

-¡Mi madre hace meses que no sale! Su problema está en casa, estoy convencido de ello.

La discusión del bar creció en gravedad. Algunos parroquianos decidían marcharse poco a poco. Noa soltó un resoplido.

-¡Esos tres cabestros están poniéndome de los nervios!- masculló. Como poseído por un impulso irracional, Oriol se levantó del taburete, se dirigió al fondo del bar, y antes de que nadie se diese cuenta, le arreó un fuerte puñetazo en la cara a uno de ellos. Sus nudillos quedaron manchados de sangre, saliva y alcohol. El hombre dejó escapar un berrido de dolor. A su alrededor, murmullos de sorpresa y comentarios de indignación.

-¡Quieto, pequeño hijo de puta!- bramó otro de los contendientes. Oriol se preparaba para otro derechazo cuando Noa le frenó, con fingida indolencia.

-¡Para, fierecilla! Vamos a casa.

Le cogió suavemente de un brazo, y le llevó al exterior del local.

-¡¡Me he quedado con tu cara, niño!!

TERCERA PARTE: ÉPOCA ADULTA

20.- Perfecto

-Me parece estupendo que vayas de machote por la vida, Oriol, pero una cosa es ser un poco peleón, y otra muy distinta un inconsciente.

-Esos tres orangutanes estaban poniéndome enfermo.

-¿Y con eso te vale para pelearte con cualquiera?

-Oye, no me toques los cojones, ¿eh? Que ya estoy calentito.

Noa chasqueó la lengua, mientras terminaba de lavarle la mano a Oriol. La tenía hinchada y amoratada.

-Solo digo que hay que ser más prudente. No merece la pena pelearse con nadie por algo tan tonto.

-No me he peleado con nadie. Le he machacado la cara a ese tipo, que es distinto.

-Y tú te has machacado la mano. Así que ahora me toca a mí hacer de enfermera.

-¡Nadie te ha dicho que tuvieras que hacerlo!

La chica le miró con los ojos encendidos de pura rabia. Instantes después, le daba la espalda y se dirigía a la puerta. Sin decir una palabra.

-¡Noa, espera!

-Me voy a casa. Tengo cosas que hacer.

-¿Cosas mejores que cuidarme?

-Mejores que intentar librarte de tu estupidez.

El joven bajó la mirada, mientras la de Noa parecía querer taladrarle el alma.

-Todo hubiera acabado peor de no haber estado tú allí.

-Ya, y por eso me gritas.

Pasaron unos segundos de silencio, como si los sonidos del mundo entero hubieran desaparecido. Era un silencio que zumbaba en los oídos y aceleraba el ritmo del corazón.

-Tienes razón. Me he pasado. Disculpa.

Noa dulcificó el gesto. Terminó de vendarle la mano en completo silencio. Parecía triste.

-Noa...

-Me he asustado.

-¿Tú, asustada? No me lo creo.

-¡Cállate, idiota! Estoy intentando decirte algo importante.

Oriol se encogió de hombros.

-Te escucho.

Noa tomó aliento, y llegó a la ventana de la cocina, desde donde pudo ver una escandalosa bandada de gorriones peleando por un pedazo de pan. No supo si sentirse como uno de ellos.

-Me he asustado por ti. Nunca te había visto correr peligro, y supongo que me aterra la idea de que te pase algo. Porque, lo quiera o no, Oriol, me importas demasiado. Me gustas demasiado.

Se quedó helado. Aquella era una auténtica bofetada emocional, una terapia de electrochoque deliciosa. No tardó en reaccionar. Cogió a Noa, y la besó con la ternura de un principiante. Y ella, temblando, se carcajeó.

21.- Cólera

-¡Ya estamos en casa!

Noa y Oriol se despegaron uno de otro como si se hubieran dado calambre. Isabel y Fabián acababan de llegar.

-¡Hola!

Oriol se acercó a su madre y le dio un beso en la mejilla. Ella miró a su hijo con el ceño fruncido. Notó pringosa la piel. Oriol tenía vaselina en los labios.

-¿De modo que...?- susurró, sonriendo malévolamente. El otro chistó.

-Sí, lo hemos pasado muy bien- intervino Noa, con un deje frívolo.

-Me alegro mucho. De verdad- respondió Isabel, guiñándole un ojo con complicidad.

-Isabel, ¿te importa acompañar a Noa hasta la parada del autobús?

-No es necesario. Además su mujer estará cansada- dijo Noa, mirando hacia Fabián.

-Te acompaño- resolvió Isabel.

-Gracias. Nos vemos mañana, Oriol.

Instantes después, padre e hijo se quedaron solos.

-Hijo, quisiera hablar de una cosa contigo.

-¿Qué he hecho ahora?

A Fabián no pareció hacerle gracia la broma.

-Sé que estás vigilando a tu madre.

-Pues claro. A mi modo. Como tú.

-Deja de hacerlo.

-¿Por qué? Me preocupa.

-Eso no justifica que estés todo el día pendiente de ella. Lo haré yo por los dos. Tú tienes que ocuparte de otras cosas.

-Ya me ocupo de otras cosas. Pero mamá es una prioridad para mí.

-¡Escúchame, Oriol! Ahora mismo tienes una edad en la que debes ir pensando más en la propia vida, y menos en la familia. Ya sabes a qué me estoy refiriendo.

Parecía estar perdiendo la compostura por momentos. Nunca le había visto así.

-¡Mamá está enferma, por si no te has dado cuenta!

De pronto, Fabián hizo algo que le dejó atónito: alzó la mano ante su rostro, y le pegó una sonora bofetada. Con la otra mano le cogió de un brazo y le zarandeó.

-Como se te ocurra volver a levantarme la voz juro que te vas al otro barrio antes que tu madre- le susurró. Oriol no se amedrentó. Se soltó de la garra de su padre, y se dirigió hacia la puerta de entrada.

-¡Mírame a la cara cuando te hablo! ¡Oriol!

El chico no hizo caso. Dando un portazo tras de sí, descendió las escaleras a todo correr.

Noa, ojalá no te hayas ido todavía, pensó. Me haces falta.

22.- No lo entiendo

El autobús acababa de marcharse. Noa se iba a casa con la miel del beso todavía en los labios.

-¡Noa!- gritó Oriol, viendo, desanimado, cómo se alejaba. Isabel se dio la vuelta al verle aparecer.

-¡Hijo! ¿Qué ocurre? ¿Se ha olvidado algo?

-No. Da lo mismo.

Oriol ni siquiera miró a su madre. El sonido de un trueno lejano indicó la proximidad de la tormenta.

-¿Entonces?

El chico resopló, dando vueltas de un lado para otro mientras miraba hacia el suelo.

-No pasa nada. Es igual. Déjalo.

-¿Hay algo que te inquiete?

-Muchas cosas, en realidad. Porque no las entiendo.

Isabel fue hasta su hijo, y le obligó a pararse. Más que nunca, Oriol pudo ver la debilidad en su mirada, la pena por algo desconocido, la ausencia, cada vez más palpable, de una vida aún joven. Aquellos ojos oscuros que recordaba chispeantes en su niñez estaban apagados e inexpresivos, como si nada de lo que mirasen fuese interesante.

-Te inquieto yo, ¿verdad?

Silencio. Oriol se resistió a mirar a su madre. Una especie de orgullo malsano le obligó a no volver la cara hacia ella.

-Oriol, pasará lo que tenga que pasar. Hay que aceptar las cosas tal y como vienen.

-¿Aceptarlás? ¿Sin entenderlas?- explotó el joven, ahora sí, mirándola directamente al rostro. Ella se apagó aún más, como si una herida inexistente de pronto hubiera mutado en gangrena.

-Yo no puedo hacer nada, hijo. No puedes enfadarte por eso.

-¡Sí que puedo! ¡No debería ser tan difícil encontrar una puta enfermedad!

-¿Acaso te has parado a pensar en mí?- preguntó Isabel, sin remediar el llanto-. Yo también estoy muy asustada. No entiendo lo que me está pasando, y aún me ayuda menos que tú estés fiscalizándome a cada momento. ¡No soy ninguna suicida!

-¡No estoy diciendo eso, joder!

-¿Entonces qué es lo que dices? ¿De qué sospechas?

Oriol pareció desinflarse de repente, como si todo aquel muro de fortaleza hubiera estallado en pedazos. Isabel buscó su mirada. En ella encontró pena, un dolor acallado, una bomba por explotar, cansancio silenciado. Y también encontró amor, un amor puro y sincero, pero escondido tras una máscara de frialdad.

-Te gustaría que todo fuese perfecto, ¿no? Que yo estuviera bien, y que tú pudieras estar con Noa sin sentirte mal por dejarme sola.

-Mamá, yo ya no sé qué creer- dijo su hijo, apesadumbrado.

-Cree en Dios, hijo. Aunque solo te ofrezca preguntas sin respuesta. Cree en Él. Si todo lo demás te falla, le tienes a Él.

El chico recordó de pronto a Tobías. Carne, sangre y mierda, había dicho aquel día.

Qué mentiroso fui, pensó.

23.- Por fin

-¡Lo sabía! ¡Sabía que Noa estaba loca por ti! ¡Mira que lo sabía!- escandalizó Tobías, entre risotadas de emoción.

-Y también sabías que sería ella quien primero lo dijese, no me digas más- se burló Oriol, llevando los ojos hasta un puesto de flores que había en Las Ramblas aquella tarde de domingo. Cientos de paseantes creaban un heterogéneo rumor al que todo el mundo estaba ya acostumbrado.

-Ella siempre me ha parecido fascinante, la verdad. Tiene una forma de ser que podría encandilar a cualquier tío.

Oriol paró de sopetón, mirándole con nerviosismo.

-Yo no quiero que pueda hacer eso.

-Pues siento decírtelo, pero es muy capaz. Es guapa, divertida, inteligente, segura de sí misma, tiene la risa contagiosa, y la importa todo una mierda salvo tú. Haz el favor de no cagarla con ella. Te quiere de verdad. Lo sé muy bien.

El arrullo propio de Las Ramblas se acentuó. Entre los dos amigos se hizo el silencio.

-A ti te gusta Noa- escupió Oriol. No era ninguna pregunta. Era una afirmación, contundente y arrolladora.

-No lo niego- resolvió Tobías, con toda la tranquilidad del mundo.

-¿Que no lo niegas?!

-Claro que no.

-¡Pero hijo de...!

-¡Oriol, vamos! ¿Es que no te has dado cuenta todavía? ¡Yo no pinto nada! ¡Noa te quiere a ti! ¡Ni siquiera antes de saberlo traté de interesarla! ¡Porque sabía que no tenía nada que hacer!

Oriol guardó silencio, petrificado. Tobías parecía estar hablando directamente desde el fondo del corazón.

-Además soy tu amigo, y los amigos son completamente sinceros. No me importa decirte la verdad una y mil veces. Nunca he sido mentiroso, y menos aún contigo. No sería tu amigo de verdad si te negase que me gusta. Te traicionaría otra vez, y eso es lo que no quiero.

El duelo de miradas asesinas se transformó en un torrente de mensajes mudos de simpatía y cariño. Realmente, pensó Oriol, Tobías era demasiado buen chico. Parecía no haber para él nada más importante que su amistad. Y deseaba mantenerla a toda costa, aunque eso implicase exhibir una sinceridad total.

-Gracias, Tobías- acabó por decir, sonriéndole mientras reanudaba el paseo entre el mar de paseantes.

-¿Gracias?

-Sí. Por ser tan sincero conmigo.

Tobías le sonrió a él.

-De nada.

24.- El duelo

Un nutrido grupo de chavales alborotaba en la Plaza Real, sentados en el bordillo de la gran fuente de piedra, a la sombra de unas palmeras escuálidas. Entre ellos, Arnau se divertía comentando ruidosamente la juerga de la noche anterior.

-¡Sí, tío! ¡Te digo que a esa tía me la camelo yo mañana mismo! ¡Anoche parecía con ganas de darme un piquito y todo!

Algunos de sus amigos se rieron, y otros continuaron bromeando entre ellos sin hacerle caso.

-¿Pero qué dices, chaval? ¡Esa es la *piva* de Oriol!- le contestó uno, entre risas bobaliconas-. Está encoñado. No te acerques mucho a Noa o vas a tener un problema muy serio.

Arnau hizo un gesto de desprecio.

-¡Anda ya! No creo.

-¿No fuiste tú el que se meó de miedo aquel día...?

Al chico se le borró la sonrisa de la cara. Se acordó del terror pasado, esa mañana plomiza en la que padre e hijo jugueteaban con su *Gamo*. El recuerdo de aquel gato con el ojo destrozado fue como un nuevo latigazo en sus retinas.

-Es verdad, Arnau. Ahora no te hagas el gallito. Te acojonaste con Oriol, y eso lo tienes que reconocer.

-¡Cierra la puta boca! ¡A mí ese tío no me da miedo!

Un silencio aplastante entre sus amigos le indicó que alguien acababa de llegar a la plaza. Oriol se encontraba allí, solo, mirándole directamente a la cara como si no hubiera nada más importante en el mundo.

-¡Arnau! Quiero hablar contigo.

Algunos chicos se miraron unos a otros, extrañados y expectantes. Arnau se acercó a él, en principio erguido, orgulloso, seguro. Pero solo en principio.

-Hola, Oriol.

El otro se quedó callado, esperando pacientemente a que su mudez y su expresión gélida hiciesen mella en Arnau. Éste no tardó en bajar la mirada, a modo de rendición de pleitesía.

-¿De qué quieres hablar conmigo?

Oriol suspiró, metiéndose las manos en los bolsillos traseros de los pantalones.

-Mi chica me ha dicho que trataste de ligar con ella.

-No... No es verdad...

-Anoche tuve que quedarme con mi madre en casa. Si te hubiera visto acercándote a Noa, créeme, hoy tus padres hubiesen asistido a tu entierro.

-No sé qué te habrá contado Noa, pero no fue para tanto. No me propasé con ella.

-Lo que digas tú me da igual. Ella no quería estar contigo, y tú la molestaste.

-¡Yo nunca trataría de ligar con tu chica!

-Tu palabra para mí no vale nada, Arnau. Apártate de mi novia. Olvídate de Noa, o te pegaré un tiro. ¿Me has entendido bien?

Arnau asintió con la cabeza varias veces, sin atreverse a decir nada más.

-Sabes perfectamente que puedo hacerlo- terminó de decir Oriol, en voz baja. Dicho aquello, con una sutil sonrisa en los labios, se dio la vuelta y se encaminó a casa.

Arnau se miró la entrepierna: casi se había meado encima.

25.- Con los dedos en las teclas

Nadie en casa le hacía caso. Allí estaba, pudriéndose año tras año, en aquella esquina olvidada del salón, tan solo recibiendo las atenciones de Isabel mientras le limpiaba el polvo. Su madera oscura poco a poco iba deteriorándose. Alguna de sus patas estaba ya carcomida. Y sin embargo sus teclas continuaban intactas, al igual que sus complicadas entrañas. Permanecía quieto y silencioso, quizá a la espera de que alguien lo reviviese.

A menudo Oriol posaba la mirada en él, unas veces con disimulo, y otras con auténtico anhelo. Cuando sus padres no estaban cerca abría su alargada tapa, y pasaba lentamente las yemas de los dedos sobre la singular hilera de dientes blancos y negros, imaginando, por un fatuo momento, el sonido que producirían al ser presionadas.

La música aquella tarde de soledad sonaba en su cabeza más que nunca. Los oídos de su mente escuchaban una y otra vez toda una suerte de melodías que él mismo había compuesto. Las partituras aún permanecían escondidas bajo el colchón de su cama.

Oriol se sentó en el taburete, ante el piano, con la emoción contenida de quien teme ser descubierto en su primera gran fechoría. Apenas escuchó el golpeteo de las gotas de lluvia contra los cristales de las ventanas. En realidad, no conseguía escuchar nada, salvo la propia música de su cerebro.

Abrió la tapa casi con veneración, y sus ojos acariciaron las antiguas teclas del piano. Poco después lo hicieron sus manos. A sabiendas de que no podía escucharle ni verle nadie, comenzó a tocar una de sus canciones. De pronto se detuvo. Por vergüenza. Por miedo.

Vamos, sigue, se dijo. Sus dedos volvieron a posarse donde estaban, y reanudaron la canción. No pasaron ni unos segundos cuando su ser al completo se zambulló en un auténtico océano de acordes, a su juicio, maravillosos. Deseó cerrar los ojos, perderse con la mente dentro del estómago del piano, alimentarse de notas y silencios. Le vino a la cabeza el rostro de Noa, su risa desenfadada, la blanda suavidad de sus labios, la delicia de sus abrazos. Si ella le escuchase...

Algo le obligó a parar definitivamente. Llevando los ojos a la puerta del salón, encontró a su madre, sonriéndole con un cariño indecible. Había llegado a casa, y Oriol ni siquiera se había dado cuenta.

-¡Mamá!- estalló, levantándose del taburete a toda prisa-. ¿Cuánto hace que estás ahí?

-El suficiente, cariño- contestó Isabel, con la voz temblorosa. Parecía emocionada. Oriol enrojeció.

-¿Te gusta, entonces?

-Es preciosa, hijo. ¿La has compuesto tú?

El chico asintió, mirando hacia el suelo. Isabel se acercó a su hijo y, acariciándole una mejilla, llegó a tararear la melodía durante unos instantes. Con su voz aterciopelada aún parecía más dulce de lo que ya era.

-¿Y tiene título?

-Sí. Se titula *Ella*.

26.- Una luz en las sombras

- ¿Por qué no me lo habías dicho hasta ahora?
- Papá no lo aprobaría.
- Pero yo sí. No hace tanto que me decías que ser músico o pintor eran cosas de niños.
- Ya lo sé. Te mentí.
- ¿Por miedo a tu padre?
- Por miedo no. Por vergüenza.
- ¿Mostrar tus habilidades te daba vergüenza?
- Aún me da una vergüenza tremenda.
- ¿Y la pintura? ¿También se quedó dormida por vergüenza?
- Sí, mamá. Se suponía que la había olvidado.
- Hijo, no lo entiendo. ¿Por qué lo has ocultado? No ha sido solo por vergüenza, sino por algo más. ¿Qué ha sido? ¿Qué es?
- Me parecían tonterías.
- ¿Tonterías? ¿A eso que acabas de tocar lo llamas tontería?
- A eso precisamente no, pero...
- ¿Pero qué?
- Es que no quería...
- Oriol no terminó la frase. Se quedó mirando hacia la ventana, sin observar nada en concreto. Isabel dejó escapar un leve suspiro, sentándose en el taburete, ante el piano.
- No querías aparentar ante los demás lo que eres en realidad. ¿Es eso?
- El chico se volvió rápidamente hacia su madre. Abrió la boca, pero solo consiguió balbucear.
- Oriol, no soy tonta. Soy tu madre, y te conozco mejor que tú mismo. Te gustaría poder hacer lo que quisieras, pero has creado una imagen de ti mismo de la que piensas que no puedes escapar. Ante tus amigos y ante tus enemigos muestras una cara de ti que no es la verdadera. Yo sé que no lo es.
- ¿Y tú qué sabes?
- Lo sé, hijo. El auténtico Oriol se encuentra aquí, y acaba de tocar una canción preciosa en este piano. El Oriol que yo más quiero, el auténtico, está ante mí, y el falso solo es un matón que se martiriza interpretando un papel que no es el suyo.
- Mamá, escucha: no puedo ser de otra manera.
- ¿Por qué? ¿Temes las burlas?
- Su hijo no quiso contestar. Se limitó a tamborilear con los dedos sobre la superficie de la mesa mientras pugnaba contra las ganas de abandonar el salón.
- Te da miedo mostrarte tal y como eres. Temes que se burlen de ti.
- El otro asintió, sin apartar los ojos de la ventana.
- No quiero que nadie más lo sepa. Solo Tobías, Noa y tú lo sabéis.
- ¿Cuánto tiempo más podrás continuar así, manteniendo esas dos caras?
- El que haga falta para encontrar gente que no se burle de mí por ser como soy.
- Isabel le sonrió, acariciándole una mejilla.
- Puedo ayudarte a buscarla, si quieres.

27.- A la orilla del mar

-¿De verdad no te has emborrachado nunca?

-No me ha hecho gracia nunca eso de perder el control sobre mí mismo.

-¿Ni siquiera te has achispado?

-No. ¿Por qué iba a hacerlo?

-Por probar.

-Hay ciertas cosas que no se deben probar nunca.

Noa se carcajeó, tras beber un sorbo de su batido.

-Hoy estás muy puritano.

Oriol le dio un leve golpe en un brazo, chasqueando la lengua y sonriendo.

El mar estaba esa noche tranquilo y oscuro. Las aguas despedían reflejos dorados y cobrizos ante sus ojos, y la arena blanca de la playa adquiría poco a poco un tenue color azulado. La luna sobre sus cabezas parecía vigilarlo todo en silencio.

-Noa, si pudieras ser otra persona, ¿quién serías?

-Menuda pregunta. ¿Va con segundas?

-¡Qué va!

-¿Y a santo de qué me preguntas eso?

Oriol bajó la mirada, acariciando con los ojos la blanda consistencia de la arena. A sus espaldas, el ruido de la ciudad quedaba amortiguado por la melodía del mar.

-Quizá esté replanteándome ciertas cosas.

-¿Qué cosas?

Tardó unos segundos en concebir una buena respuesta. Noa esperó callada, mirándole a los ojos con expectación.

-Quiero ser músico, o pintor. Pero no creo que pueda serlo continuando donde estoy, haciendo lo que hago, o estando con quien estoy. Quiero intentarlo, de todos modos. Puede que el mundo no sea tan cruel.

Noa le miró con el semblante serio. Cogió un puñado de arena, y jugueteó con ella durante unos segundos.

-Oriol no seas utópico. El mundo es una gigantesca montaña de mierda. No merece la pena derrochar esfuerzos por mejorarlo. Como mucho conseguirás que huelga un poco mejor, pero nada más. Una mierda es una mierda, huelga bien o mal.

-¡Eso no es verdad!

-¡Vaya! Te he molestado.

-Sí, me has molestado. No creo que la gente sea tan mala.

-Pues lo es. Siento ser dura, pero es una realidad. Para sobrevivir en esta bazofia de mundo hay que mantenerse neutral ante cualquier cosa, no destacar en nada, ni ser nadie. Ni siquiera parecerlo. En cuanto destaques un poco, habrá alguien que te envidie, y trate de joderte la vida. Es una verdad muy chungu, pero todo el mundo debería tenerla en cuenta.

-Entonces según tú debería olvidarme de la música, y continuar siendo un desgraciado toda la vida.

-No, solo digo que no hay que malgastar fuerzas cuando se tienen todas las de perder. Sé listo. Si ahora mismo te das a conocer como músico o artista, lo más probable es que te crucifiquen. Nadie te va a comprender.

Oriol no se atrevió a decir una palabra más. El mar ante sus ojos dejó de regalar aquellos destellos tan bonitos que había llegado a ver hacía unos minutos. Pero, por una razón que ni él mismo entendió, no se sintió con fuerzas para imaginar aquella tranquila noche sin Noa a su lado.

28.- Reviviendo a los grandes

-¡Oriol, joder! Si quieres convertirte en músico tendrás que seguir ciertas normas. ¡Lo que no puedes hacer es inventarte una puñetera canción de Bartók!

-¡No me gusta Bartók! Parece que desparrama las notas a boleo.

-¿Y por qué cojones te compraste sus partituras? ¡Haber elegido a otro!

El chico soltó un bufido de mala leche.

-¡Fue el que me recomendaron!

-¡Haberme preguntado!

Más bronca. Oriol se levantó del taburete refunfuñando. Noa se quedó sentada, mordiéndose el padastro de una uña. El impersonal reloj de pared dio las doce de la noche.

-No estoy seguro de querer aceptar las normas. Demasiada responsabilidad.

-Eso es una estupidez como una casa. Tarde o temprano todos acabamos jodidos por debajo de alguien más grande. Si quieres triunfar en este mundillo vas a tener que bajarte los pantalones más de una vez.

-¡Vete a la mierda, Noa!

-¿Acaso me equivoco?

Oriol volvió la mirada. Un bonito cuadro. Noa con el gesto osado, y tras ella el piano, mudo y anhelante. El espacio vacío del taburete le llamaba a gritos. Se desinfló al momento. De nada servía hacerse el duro.

-No, no te equivocas.

-Entonces siéntate otra vez. Toca lo que quieras. Olvídate de Bartók. Intentemos dominarlo mañana. O ni eso.

Se sentó de nuevo a su lado. Como un niño al que acaban de regañar. Noa recogió las partituras airadamente. Silencio. El prolegómeno.

Cerró los ojos. Los dedos pasearon sobre las teclas un instante. Al poco, el segundo movimiento de las Baladas de Brahms inundó la casa. No había partituras que lo guiaran. No hacían falta.

Los ojos de Noa siguieron el baile de las manos. El invisible pincel de la música dibujó su sonrisa. Brahms, un grande. Oriol, otro grande capaz de revivirlo.

-Bartók no transmite emociones. Brahms las derrocha- explicó, mientras sus dedos continuaban, imparables, jugando con las teclas.

-Bartók fue muy experimental.

-Fue un incapaz disfrazado de virtuoso. Los grandes del piano y de la música son otros. Scriabin, Prokofiev, Brahms, Beethoven... Ellos sí merecen la pena.

-¿A cuál prefieres?

-A Beethoven. Sin duda. Para mí no hay otro igual. No lo habrá nunca.

No parecía cansarse. El piano tampoco. El instrumento alardeaba de una perfección casi molesta. Nota a nota, acorde a acorde, Brahms hablaba a través de Oriol.

-Si nos olvidamos de Bartók y nos centramos en los músicos que te gustan, ¿acatarás las reglas?

La melodía contestó por él.

29.- Podrido

Las pasiones desesperadas de un animal acorralado se desataron en su interior, y Dorian odió al hombre como no había odiado a nada ni a nadie en toda su vida. Cuando estuvo detrás del pintor, empuñó el cuchillo y se dio la vuelta. Entonces se abalanzó sobre él y le clavó el cuchillo en la gruesa vena que hay detrás de la oreja, apuñalándolo una y otra vez. Se oyó un gemido sordo, y el ruido espantoso de alguien ahogándose en su propia sangre.

Mascullaba aquellas palabras de memoria mientras llegaba a la Calle Bailén, cerca de la Plaza de Tetuán. Arnau. Ese cerdo. ¿Acaso podía asegurar que toda la culpa era suya? Pero había algo más. Quizá no hubiese nada. *Las pasiones desesperadas.* O puede que ni eso.

Llamó al timbre. El sonido se perdió en el silencio. Arnau abrió la puerta. Se quedó blanco.

-¿Sí?

-¿Estás solito en casa?

El otro movió los labios ridículamente. Oriol sonrió, mirándole casi con simpatía.

-¿Qué haces aquí, Oriol? No he vuelto a tocar a tu chica. Lo juro.

-Ella no dice eso.

-¡Pues miente! Ni siquiera he vuelto a hablarla.

-Arnau, es que no te enteras. Ya no se trata de que hayas hecho algo.

-¡Lárgate de mi casa, joder! ¡Vamos, fuera!

-Estás acojonado, ¿eh?

Oriol penetró hasta el vestíbulo, cerrando la puerta tras de sí.

-Entonces, ¿qué quieres? ¿Para qué has venido?- preguntó Arnau, retrocediendo cada vez más.

-Para probar.

-¿Probar?

-Sí, es posible que necesite practicar, y lo siento por ti, pero te ha tocado.

-¿De qué coño me hablas? ¿Estás mal de la cabeza?

-Puede ser- contestó Oriol, riendo entre dientes-, pero me haces falta.

-¿Para qué?

Llevándose una mano al interior del abrigo, sacó un largo cuchillo de mango color granate. Arnau alzó las manos.

-¡Vamos, joder! ¡Baja eso! ¡Guárdalo, o títalo! ¡Pero no te acerques a mí con eso! ¡No!

Oriol le agarró de un brazo.

-¡Suelta! ¡Suelta! ¡Estás como una puta cabra!

El cuchillo se hundió en su antebrazo derecho. Gritó. La sangre comenzó a salir a borbotones. Forcejeó para soltarse. Suelo y ropas terminaron perlados de cientos de puntos escarlatas. Pegó un tirón.

-¿Por qué haces esto? ¡¿Por qué coño lo haces?!- barbotó Arnau, lloriqueando de impotencia y agarrándose el brazo sangrante.

-Por pasión- contestó el otro. Finalmente, tras permanecer unos segundos degustando con la mirada el húmedo granate, limpió la hoja del cuchillo con su propia camisa, ocultó la sangre bajo el abrigo, y se dispuso a irse.

-Si abres la boca te mato.

30.- ¿Una nueva Sibyl Vane?

-Sí- exclamó-, has matado mi amor. Solías despertar mi imaginación, ahora ni siquiera despiertas mi curiosidad. Te amaba porque eras maravillosa, porque tenías genio e inteligencia, porque hacías realidad los sueños de los grandes poetas. Ya no significas nada para mí. ¡Qué loco he estado para amarte!

Noa debía poder pasar aquella prueba necesariamente; si los chismorreos eran falsos. Si no lo eran, se convertiría en una Sibyl Vane. *Simple y estúpida*, en palabras de Dorian Gray. ¿Y si salía mal? ¿Qué era lo que podía perder? ¿Noa, suicidarse por amor? ¿Hasta dónde llegaba aquella fantasía?

La oscuridad de sus maquinaciones se vio desahuciada por el alegre timbre de la puerta. Noa acababa de llegar. Había escuchado sus pasos por las escaleras. Oriol echó a correr por el pasillo hasta la puerta. Allí estaba ella, sonriendo con esa confiada picardía que para sus amigos era una cualidad y para sus enemigos un motivo de envidia.

-No quiero ni imaginar cuánto correrías si te dijera que traigo helado de turrón-bromeó, pasando hasta el salón, donde sonaba una dulce melodía de piano.

-¿Y por qué supones que corro cuando llamas a la puerta?- preguntó Oriol con frialdad. Llegó a dolerle su propia pregunta. Noa borró la sonrisa de su cara, examinando al chico de arriba abajo en busca del problema.

-¿Ocurre algo?

Oriol alzó las cejas mostrando indiferencia.

-Siéntate, si quieres.

Más frialdad. La chica no se movió. Se quedó quieta y encogida de hombros ante su novio, con la tranquilidad que otorga la inocencia.

-No sé si es que estás de mala hostia o es que hay algo más, pero tengo la conciencia muy tranquila. No creo haberte hecho nada.

Oriol suspiró mientras se humedecía los labios. Al poco se decidió a abrir la boca.

-Ya no me interesas, Noa. Antes me hacías soñar con tu inteligencia y con tu fuerte carácter. Pero me he dado cuenta de que no eres más que una estúpida. No me interesas. No sé cómo me pude fijar en ti.

Sibyl se levantó y, con una patética expresión de dolor en el rostro, cruzó la habitación hacia Dorian.

El rostro de Noa permaneció imperturbable, y sin embargo sus cejas se fueron frunciendo cada vez más.

-Vale- dijo, sacando algo de su mochila-. Cuando la almorrana deje de escocerte ya sabes dónde encontrarme. Si quieres.

Lanzó sobre el sillón una tarrina de helado de turrón junto con unas partituras para piano. Oriol se quedó boquiabierto, a la vez apenado y eufórico. Noa iba a abandonarle con toda la elegancia del desprecio. No era una nueva Sibyl Vane.

-¡Noa!

Pero la joven dejó la casa cerrando la puerta con suavidad y sin volver la vista atrás.

31.- La primera bajada a los infiernos

-Cada día me preocupas más- dijo Tobías, meneando la cabeza disgustado.

-¿Preocuparte? ¡Anda ya, Tobías! Estoy perfectamente. Me encuentro muy bien.

No me pasa nada.

-No me refiero a tu salud o a tu ánimo. Es por tu actitud hacia los demás.

-Mi actitud siempre ha sido la misma.

-¿Es que siempre has torturado a la gente?

Oriol sonrió de pura malicia.

-De modo que te has enterado. Arnau se ha chivado.

-Él no ha dicho nada. Lo he intuido yo.

-Así que ahora juegas a hacer de adivino.

-No te lo tomes a guasa. Esto es serio. ¿Por qué le hiciste eso a Arnau?

-Porque me cae mal.

-¡Oriol!

-No es ninguna mentira. Arnau me cae muy mal. Estuvo tonteando con Noa, si es que no sigue haciéndolo todavía, y cuando tú y yo nos distanciamos él hizo todo lo posible por separarnos aún más. Me apetecía meterle un poco de miedo en el cuerpo.

-Eso no es justo para nadie.

-La vida nunca es justa. Arnau juega con fuego, y tarde o temprano se quemará.

Si él se empeña en continuar tocándome los cojones acabará pasándolo realmente mal.

-Tú estás por encima de él, Oriol. Tienes talento, una familia estupenda, y una chica que te quiere. Pasa de Arnau. Ya tiene bastante con lo que es.

-Supongo que sí.

Mentiroso, y más que mentiroso, se dijo mentalmente, conteniendo la risa.

Una marabunta de turistas los engulló. Por un momento se perdieron de vista el uno al otro. Las Ramblas estaban muy concurridas. La cadenciosa melodía de un acordeonista callejero destacaba entre las voces y las risas. Tobías tomó asiento en un banco libre, entre puestos de flores y paseantes ruidosos. Oriol le imitó mientras sus pensamientos sobre Arnau se diluían poco a poco. Algo vibró en su bolsillo. Su padre estaba llamándole.

-¡Hola papá!

-Oriol, ¿estás con Tobías?

-Sí.

-¿Dónde?

-Aquí, en Las Ramblas. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

Silencio al otro lado. Al poco Fabián volvió a hablar. Parecía desencajado.

-Tu madre está muy mal. He llamado a una ambulancia. Nos vamos al hospital.

-¿Que está mal, dices?- preguntó Oriol, preocupado. Junto a él, Tobías prestó atención a las palabras de su amigo.

-Sí hijo. Mamá está muy mal. No puede levantarse del sillón. Casi ni habla.

-¿Estáis todavía en casa?

-Sí, pero no tardaremos en irnos. En cuanto venga la ambulancia iré a buscarte, ¿vale?

-Vale papá. Te espero aquí.

La llamada finalizó.

-¿Qué ocurre? ¿Es tu madre?

-Sí- afirmó Oriol, casi sin aliento.

En menos de diez minutos cuando Fabián ya había llegado hasta allí.

*

El Hospital de la Esperanza siempre le había parecido un lugar donde la gente iba para despedirse de sus últimos momentos de vida. En cada pasillo y habitación podía percibirse la peste a acabamiento y a muerte, ese clásico aroma que era mezcla de medicamentos, lejía y heces. Fabián y el chico pululaban nerviosamente por una de las plantas, esperando sin ninguna calma a que Isabel fuese llevada a su cuarto. A su alrededor correteaban enfermeras, médicos, familiares y convalecientes. En unas habitaciones se oían pausadas conversaciones. En otras, llantos. Y en algunas reinaba el silencio.

Oriol no se sentía con fuerzas para hablar con su padre. Se veía empequeñecido, impotente, indefenso. Y Fabián parecía encontrarse igual. De vez en cuando se dirigían miradas fugaces e inquietas, para, segundos después, volver a perderse en sus oscuras cavilaciones.

Pasadas dos horas Isabel fue llevada a su habitación. Un camillero fornido empujó su cama hasta dejarla junto a la ventana, por la que entraba una luz mortecina.

-¡Mamá!- llamó Oriol, llegando junto a la cama. Su madre estaba pálida y consumida. La bolsa de suero a su lado aún le daba un aspecto más enfermizo.

-Hijo...- murmuró con la voz ronca. Un médico de semblante circunspecto llegó también a la habitación.

-¿Es usted Fabián, el marido de Isabel?- preguntó, mirando al hombre. Éste asintió varias veces sin apartar los ojos de su mujer-. Necesito hablar con usted. Salgamos fuera.

Padre e hijo se miraron por última vez, y Oriol se quedó solo con su madre. La quietud se hizo incómoda en el cuarto.

-Crees que me quiero morir, ¿verdad? Piensas que estoy envenenándome.

Oriol no dijo nada. Sus ojos se fueron a la ventana. Una bandada de gorriones pasó ante ella con gran escándalo.

-Hijo, mírame. Por favor.

Le hizo caso. Isabel tenía la mirada desdibujada por las lágrimas.

-Sé que no me crees, pero te juro que es la verdad. No quiero morir. No estoy haciendo nada. No me quiero morir.

Oriol balanceó la cabeza de un lado para otro. Un instante después salía de la habitación con las manos en los bolsillos, dejando sola a su madre.

32.- Puñalada

-¿Tú eres tonto o qué te pasa? ¿Cómo se te ocurre hacerle eso a Noa?

-¡Ya lo sé, joder! Ya lo sé. Y encima ahora que mi madre está en el hospital...

-¡Ahora ella te hace falta! ¡Oh, no me digas!

-¡Bueno, ya vale! ¡No es necesario que te ensañes conmigo!

-¡Sí, sí es necesario! Has perdido a la única chica sobre la faz de la tierra que puede llegar a quererte con todo lo impertinente que eres.

-¡Si tanto te interesa ve tú a consolarla!

-Iría si necesitase consuelo, y si no te respetase tanto, Oriol.

Sin pretenderlo, el corazón le dio tal vuelco que casi llegó a marearle. Cerró los ojos y los oídos al estrépito de la circulación para saborear por un momento el dulzor y el amargor de aquella frase.

-Ya sé que puedo contar contigo, Tobías. A día de hoy no sé por qué sigues siendo amigo mío.

-Nunca pierdo la esperanza de verte convertido en una buena persona. Igual es una fantasía mía.

Oriol bajó la mirada hasta posarla en una de las ruedas de su bici. Se fijó en sus tacos desgastados, en sus radios plateados, en su eje sucio.

-Por otro lado- continuó diciendo Tobías- tengo buenas razones para decirte que ella no necesita consuelo.

-¿A qué te refieres? ¿Es que sabes algo?

-Yo diría que sí. Noa está viéndose con Arnau.

-¿Qué? ¡¿Con ese mierdas?!

-¿Y qué esperabas, hijo? Tú la has dado una patada en el culo. Lo normal es que ella te responda del mismo modo.

-¡Eso no es una patada en el culo! ¡Es una puñalada traperera! ¡Es lo más detestable que podía hacer!

Al decir aquello su mal genio se vio transmutado en algo muy parecido a satisfacción. Noa sabía perfectamente cómo hacerle daño. Arnau no era santo de su devoción, y aun así se iba con él. Igual que un muñequito frágil en manos de una niña sádica. Magistral, condenadamente magistral.

-Te complementa y te entiende a las mil maravillas. De verdad, tío, no sé cómo has podido hacer eso con ella- terminó diciendo Tobías, limpiando el sillín de su bici para subir en ella.

-Tienes toda la razón- dijo Oriol, comenzando a pedalear junto a su amigo por la acera, al lado de un tráfico rugiente-. Antes que verla con ese baboso prefiero vestirme de gusano y arrastrarme ante ella. Así no puedo seguir.

-¿Qué piensas hacer?

-De momento ir a buscarla.

-¿Y luego?

-Te lo he dicho: arrastrarme y suplicar. Me importa una mierda humillarme ante quien sea. ¡No me da la gana que un *pivón* como ella esté con un... con un...!

-¿Baboso?

-¡Eso!

-Ya sabía yo. Era imposible que la dejases tranquila.

-Ella quiere guerra. Pues la tendrá. A ver quién gana.

33.- Al garete

-Hijo, ¿puedes venir un momento? Tengo que hablar contigo.

-Tobías me está esperando abajo, papá. Vamos a ir a buscar a Noa.

-Que espere unos minutos. Esto es más importante.

Oriol llegó al salón dando a zancadas, mientras se colocaba el cuello del jersey y echaba fugaces miradas a su propio reflejo en los cristales de los cuadros.

-¿Pasa algo?

-A decir verdad, sí. Es sobre tu madre.

-Los médicos dijeron que pronto estaría aquí, ¿no? dijo Oriol, tomando asiento junto a su padre.

-Sí hijo, al menos algo es algo- explicó Fabián. Su tono de voz se hacía cada vez más bajo, como si de repente le empezasen a fallar las fuerzas-. Gracias a Dios se va recuperando.

-Entonces, ¿qué? Todo lo demás me importa poco.

-Pues debería importarte. Ya sabes que mamá dejó de trabajar hace algunos meses.

-Sí, eso lo sé. La dieron de baja por depresión.

Fabián asintió.

-Ella no va a poder volver al trabajo en mucho tiempo. Cuando regrese, si es que lo hace, me parece que la van a despedir.

Oriol comenzó a vislumbrar en ese momento un poco de aquello que su padre trataba de hacerle ver. Una desagradable sensación de asfixia en la boca del estómago le avisó.

-Es por el dinero, ¿verdad?

-Sí...-sussurró Fabián-. Oriol, vamos a estar fatal de dinero los próximos meses. Aunque hagas la selectividad no creo que podamos pagarte la matrícula en el conservatorio, ni en academias. No vamos a tener para nada.

La peor noticia. Un sueño roto. Al garete. Se hizo un silencio insoportable en toda la casa. Oriol abrió la boca. Solo emitió un suspiro agónico.

-Perdóname, hijo.

Fabián trató de acariciarle un brazo, pero el chico se apartó violentamente como si la mano de su padre fuese corrosiva. Se puso en pie de un salto y llegó a su habitación con la cabeza gacha. Tras cerrar la puerta, lágrimas, no de pena sino de rabia, empaparon su cara.

-Oriol, créeme que lo siento. Muchísimo- dijo su padre, desde el pasillo. El muchacho no conseguía articular palabra. Sabía que de intentarlo la voz le saldría ronca. Un instante después llegaba a la ventana y la abría de par en par. Por ella comenzó a arrojar partituras, libros de música, apuntes, dibujos. Al garete. Todo se había ido al garete. La acera pronto quedó blanca. Muchos viandantes alzaron la mirada hacia el edificio, buscando el origen de tan triste lluvia.

-¡Oriol!- gritó alguien desde la calle. El joven, sin reparar en su mal aspecto, se asomó por la ventana. Noa estaba allí, recogiendo primorosamente todas y cada una de las cosas que Oriol acababa de tirar. Por fin algo de luz en el abismo.

-¡Noa!

La otra chasqueó la lengua.

-¡Al menos tendrás que reconocer que no sabes vivir sin mí!

34.- No estás solo

-¿Se puede saber qué estabas haciendo?

-¡Tirar las partituras! ¡Tirarlo todo!

Noa apretó más los papeles contra su pecho al escuchar a Oriol, como si pretendiese protegerlos de un peligro que continuaba demasiado presente. El sucio tapiz del suelo aún lucía aquellas motas blancas.

-¿Qué ha pasado?- preguntó, ya no burlona sino preocupada. Oriol hizo una mueca de fastidio, tratando con ello de ocultar las ganas de volver a llorar. Pero al final éstas ganaron la liza.

-Se acabó, Noa. No puedo estudiar música. No puedo hacer nada. Mis padres no van a tener dinero.

-¿Te lo han dicho?

-Ha sido mi padre- dijo el otro, asintiendo-. Mi madre continúa en el hospital.

Noa se le quedó mirando con desconcierto. Junto a ellos pasaron algunos viandantes que, indolentes, les miraron con gestos aburridos durante breves segundos.

-¿Qué le ocurre a tu madre?

-Se encontraba más débil que de costumbre hace unos días. Los médicos no saben qué tiene. Por fortuna ya está mejor. Le darán el alta mañana.

Noa bajó la cabeza hacia los papeles de su regazo. La comodonería del mundo llegó a ofenderla.

-Y tu padre te ha dicho que no vais a tener dinero.

-Exactamente.

Hizo una pausa incómoda. La joven perdió la mirada en las baldosas de la acera, meditando intensamente como si el tiempo no fuese relevante.

-Tu padre no quiere que estudies música- escupió de sopetón-. Si quisiera realmente te hubiera dado alguna opción. Y no lo ha hecho.

-¡Es que no hay más opciones!

-¡Sí que las hay!- bramó Noa, sintiéndose de alguna manera acorralada. Oriol resopló con violencia, aguijoneando a la chica con la mirada.

-¡No, no las hay, joder! ¡Todo se ha ido a la mierda!

-¡Todo no!

-¡Mi madre está enferma! ¡No va a haber dinero! ¡No puedo estudiar música! ¡Y encima la cagué contigo! ¡Ya solo me falta que me diagnostiquen cáncer y me vaya a criar malvas en unos días!

Noa tomó aliento con la intención de refutarle, pero únicamente dejó escapar el aire en un profundo suspiro.

-Estás un poco desequilibrado. Deberías descansar.

-¡¿Desequilibrado?!- bufó Oriol de malas maneras.

-Inestable, inseguro... Dilo como quieras- expuso Noa, con la voz cada vez más pausada, al tiempo que el blanco de sus ojos comenzaba a enrojecer poco a poco-. Te voy a ayudar aunque ni siquiera tú estés dispuesto a ayudarte a ti mismo.

Las defensas huyeron. La torre de Babel acababa de caer. Lágrimas de arrepentimiento. Un perdón.

-Noa, yo... Tú eres la única que no me ha fallado.

-Ni lo pienso hacer. Parece que no te das cuenta de eso, Oriol.

-Nunca me lo acabo de creer.

-De mí debes creértelo. ¿Es que no te fías de mí?

-¡No me fío de nadie! Es mi gran fallo. Pero tú...

La chica asintió varias veces. Se acercó a Oriol, le dio un tenue beso en la mejilla, y le entregó todos los papeles.

-Sube a casa, anda- le pidió, como una madre a su hijo-. Deja todo esto en tu cuarto. Algo se nos ocurrirá. Anímate.

Oriol esbozó una sonrisa de leve desahogo. Noa llevó los ojos al final de la calle; junto a un bar de aspecto mugriento estaba Tobías, esperando pacientemente a que acabasen de hablar. Ambos se saludaron.

-¿Lo ves?- dijo Noa-. No estás solo.

35.- Irremediablemente acojonado

El ruido ensordecedor de aquel tugurioapestoso parecía incluso más chirriante que durante las madrugadas anteriores. La antigua discoteca Standard, allá en la Travesía de Gracia, ya no era como se recordaba hacía unos años. Su predecesora no era expresamente mejor. Lejos de parecerse a la anterior, la Standard-2 no dejaba de ser una madriguera a donde iban a parar chulos, niñatos y fulanas de todo tipo. Esa noche había más niñatos que nunca. Tras la fea barra de plástico y aluminio dos chicas con poca ropa las pasaban canutas para entender lo que pedían los clientes.

El joven gentío parecía dividirse entre borrachos y colocados. En el ambiente flotaba un desagradable hedor mezcla de alcohol de garrafón, marihuana y orín.

-¡No me extraña que Tobías no quiera venir aquí!- bromeó Noa al oído de Oriol, perdidos ambos entre el mar de niñatos-. ¡Yo a él le veo más bailando tangos en La Paloma!

El otro exhaló una carcajada de malicia. Observó de nuevo a Noa; su rostro ovalado, sus ojos perfilados de negro, su maraña oscura de cabellos en los que gustaba de perderse. En el momento de acordarse de un nombre, el dueño de éste apareció ante sus ojos. Arnau parecía no haberse dado cuenta de que estaban allí. La sonrisa de Oriol mutó en mueca, viendo cómo el otro esquivaba gente para salir a la calle poco después.

-¡Discúlpame un segundo, mi niña!- le pidió a Noa. Ella asintió un par de veces y le besó cerca de los labios.

-¡Sé bueno!

Oriol la dio un pequeño azote en el trasero y salió tras Arnau. El sonido atronador de la discoteca desapareció de sopetón, haciendo un curioso efecto tapón en sus oídos. En la calle, angosta y mugrienta, la luz de las farolas parecía tintarlo todo de un feo color chocolate. Bajo una de ellas estaba Arnau, liándose un porro con la elegancia de un experto. Oriol no se resistió a pensar que tenía cierto aspecto ratonil.

-Buenas noches.

Arnau se volvió hacia él a toda velocidad nada más oír su voz, tan cruelmente musical. No obstante, permaneció quieto, como desafiándole.

-Hoy no me vas a tocar, hijo de puta- le amenazó.

-Ni yo tengo ganas, créeme- se burló Oriol.

-Entonces, ¿qué? Y ahora no me digas que quieres una calada.

-Ese vicio se lo dejo a los mierdas. Yo tengo otros. En realidad quería preguntarte qué crees que hizo Noa estando contigo estos días de atrás.

-Supongo que sacarse la espinita que tú la clavaste- barbotó Arnau, tras dar una calada larga. Claramente iba con segundas. Oriol se sonrió.

-Muy ingenioso, sí- bromeó, fingiendo no darle importancia-. El caso es que no llego a entender tu posición. Eres un tío absurdo. Te empeñas en tocarme los cojones a todas horas y solo acabas recibiendo palos. ¿De verdad esperas ganar algo?

-A lo mejor joderte la vida- dijo Arnau, repentinamente envalentonado.

-Ya, ya. Eso se nota. Eres tonto.

-¡Vuelve ahí dentro con tu zorrilla particular y déjame tranquilo!- exclamó Arnau, señalando con el pulgar hacia la entrada de la discoteca. Un segundo después se veía a sí mismo en los cristales de los coches escupiendo sangre a borbotones y algún diente recién mellado. El puñetazo había sonado desagradable.

-No pensaba hacerte nada hoy, pero te lo has ganado a pulso- masculló Oriol, sacudiendo la mano dolorida mientras volvía al interior del ruidoso antro. Arnau salió corriendo calle abajo. A su paso dejaba un curioso rastro escarlata.